

El libro del profeta Amós

Henri ROSSIER

biblicom.org

Índice

1 - Prólogo	3
2 - Capítulo 1:1-2 – Jehová ruge	3
3 - Capítulo 1:3 al 2 – Así dice Jehová	7
4 - Capítulo 2	16
5 - Capítulos 3 al 5:17 – Escuchen esta palabra	20
6 - Capítulo 4	25
7 - Capítulo 5:1-17	27
8 - Capítulo 5:18 al 6: Los 2 «Ayes»	30
9 - Capítulo 6	31
10 - Capítulos 7 al 9:6: Las visiones	34
10.1 - Capítulo 7	34
10.2 - Capítulo 8	37
10.3 - Capítulo 9:1-6	39
11 - Capítulo 9:7-15: La providencia de Dios y la restauración final de Israel	41

1 - Prólogo

Amós profetizó durante los reinados de Uzías (o Azarías) y Jeroboam II (segundo), los más largos, salvo uno, que se registran en las crónicas de Judá e Israel. Pero un reinado prolongado no demuestra necesariamente la aprobación de Dios: el de Manasés, el más largo de todos, fue una sucesión de iniquidades. La carrera de Ozías fue muy diferente a la de Jeroboam. Este último, aunque realizó grandes cosas a los ojos de los hombres, hizo «lo malo ante los ojos de Jehová», y sin embargo Dios quiso servirse de él para *salvar a Israel*, porque «Jehová no había determinado raer el nombre de Israel de debajo del cielo» (2 Reyes 14:27). Desde Jeroboam hasta la deportación de las 10 tribus, la ruina de esta casa real fue completa.

Ozías, rey de Judá, a diferencia de Jeroboam, su contemporáneo, «hizo lo recto ante los ojos de Jehová» (2 Reyes 15:3), hasta el día en que, habiendo usurpado con su orgullo las funciones de los sacerdotes en el templo, fue castigado con la lepra. Sus sucesores, Jotam, Ezequías y Josías, caminaron en los caminos de Jehová, y la fidelidad de estos pocos reyes, verdaderos hijos de David, aplazó el juicio ya suspendido sobre Judá.

Los reinados de Ozías y Jeroboam coincidieron durante 14 años, por lo que se podría concluir que, al igual que la de Oseas, la profecía de Amós tuvo una larga duración. Por el contrario, se emitió durante un período muy breve de esos reinados, es decir, «dos años antes del terremoto».

2 - Capítulo 1:1-2 – Jehová ruge

«Las palabras de Amós, que fue uno de los pastores de Tecoa, que profetizó acerca de Israel en días de Uzías rey de Judá y en días de Jeroboam hijo de Joás, rey de Israel, dos años antes del terremoto» (v. 1).

Amós era de Tecoa, ciudad de Judá, fortificada como muchas otras por Roboam, durante la división del reino de Salomón (2 Crón. 11:6). Josafat había vencido en otra ocasión a Moab, Edom y los hijos de Amón, *cerca del desierto de Tecoa*, y este recuerdo podía venir a la mente del profeta, llamado a pronunciar el juicio sobre esos mismos pueblos (1:11, 13; 2:1). Tecoa se encuentra a 16 kilómetros de Jerusalén y a 8 kilómetros al sur de Belén, es decir, en pleno territorio de Judá y Benjamín. En [Jeremías 6:1](#) vemos que Tecoa, o más bien Bet-hakerem, la montaña que domina esta

localidad era uno de los puestos que señalaban con fuego la llegada del enemigo. Amós se encuentra allí, por así decirlo, vigilando por todos lados a los enemigos que han invadido la herencia de Abraham y asedian las fronteras de Israel; anuncia su destino, y desde allí es enviado a Betel para profetizar contra Efraín (7:14-15).

Amós era «uno de los *pastores* de Tecoa». En varias ocasiones encontramos en su profecía imágenes tomadas de su profesión, de sus rebaños, de las luchas del pastor con las bestias salvajes y de su vida cotidiana (1:2; 3:4, 12; 4:1; 6:12, etc.). La vocación de Amós se menciona en 2 palabras, pero el Espíritu de Dios muestra su soberanía en esta elección. Así como había tomado a David de los rediles para establecerlo como líder de su pueblo, y más tarde a unos pobres pescadores que se convirtieron en sus apóstoles, hizo del pastor Amós el profeta de Israel. Esta distinción reduce a la nada las pretensiones humanas de ocupar el servicio de Dios. Amós dirá más tarde: «No soy profeta, ni soy hijo de profeta» (7:14). No lo era ni por vocación ni por nacimiento: habiendo fracasado todo orden establecido por Dios en Israel y Judá, Jehová mismo elige su instrumento y se complace en pronunciar oráculos por boca de un humilde pastor. Tal manera de actuar es adecuada para una época de ruina en la que los Amasías (7:10-17) pretenden imponerse al «vidente» con su falsa autoridad sacerdotal. Dios reivindica entonces la libre acción de su Espíritu. Las revelaciones de Jehová tienen lugar por boca de este hombre sencillo: sus «palabras» las ha «visto»; y sus verdaderas visiones, más tarde, las proclama.

El tema principal de la profecía de Amós es *Israel*. Este término designa en primer lugar a las 10 tribus (2:6), luego a todo el pueblo, incluido Judá (3:1-2), y finalmente a las 10 tribus, que representan *moralmente* a todo el pueblo ante Dios. El propio *Judá*, la tribu del profeta, también se menciona por separado como objeto del juicio, ya que, al poseer más privilegios que Efraín, había cometido las mismas infidelidades (2:4); pero es para las 10 tribus para quienes se acerca la hora del castigo; esta había llegado en el profeta Oseas, contemporáneo y sucesor de Amós. En Amós, el juicio se refiere más al estado *moral* del pueblo que a transgresiones particulares; pero, cuando el juicio cae sobre las naciones, en los 2 primeros capítulos, incluyendo a Judá e Israel, se mencionan especialmente sus transgresiones.

El «terremoto» es la fecha memorable de la profecía de Amós. No vemos que el profeta haya *predicho* que este terremoto tendría lugar, pero para él es el símbolo del juicio que pronto alcanzaría a su pueblo. Por lo tanto, este acontecimiento tiene *un carácter moral*, por lo que Amós abunda en imágenes relacionadas con este fenómeno. Lo representa como un carro que hace crujir el suelo bajo el peso de las gavillas, en el momento de la cosecha. Ni siquiera el hombre más ágil puede evitarlo

(2:13-16). Los cuernos del altar caen al suelo, las casas y los palacios se derrumban, los muros se agrietan y los hombres están lanzados a través de sus brechas; es una subversión similar a la de Sodoma y Gomorra (3:14-15; 4:3, 11; 6:11). En este trastorno, las aguas del mar se derraman sobre la faz de la tierra (5:8; 9:6). En un instante, el país tiembla, como las aguas del Nilo suben y bajan en una estación (8:8; 9:5) [1]; el dintel de la puerta y sus bases se sacuden y caen sobre la cabeza de los hombres (9:1). Pero llegará un día en que todas estas ruinas serán reparadas (9:11).

[1] La crecida del Nilo alcanza las 9 décimas partes del volumen habitual de este río (antes de la construcción de los embalses).

El terremoto del reinado de Ozías se menciona en [Zacarías 14:5](#), que lo asimila al gran acontecimiento del último día, cuando el monte de los Olivos se partirá bajo los pies del Señor para poner en fuga a los opresores del remanente cautivo en Jerusalén. La profecía de Amós no tiene este alcance futuro, ya que predice los juicios *próximos* que alcanzarán al pueblo. Sin embargo, cabe señalar que, en Zacarías, al igual que en otros pasajes, la mención de un terremoto no significa, como en Amós, juicios sin mezcla, sino juicios de los que puede surgir la liberación. Así, en [Mateo 27](#), el terremoto abre los sepulcros y libera a los santos; así, en [Hechos 16:26](#), libera a Pablo y Silas y produce la conversión del carcelero; y diremos que incluso en Amós, aunque llena el libro con sus ruinas, es el precursor de una liberación final, presentada en el último capítulo.

«Dijo: Jehová rugirá desde Sion, y dará su voz desde Jerusalén, y los campos de los pastores se enlutarán, y se secará la cumbre del Carmelo» (v. 2).

Esta expresión: «Jehová rugirá desde Sion» es de gran importancia y caracteriza toda la profecía de Amós. Jehová está representado aquí como el «león de la tribu de Judá» que ruge porque tiene una presa (comp. con 3:4) que devorará; este león de Judá dominará sobre Jerusalén, lugar donde al final se reconocerá la gracia real. Joel, al hablar del día de Jehová en el valle de Josafat, utiliza exactamente los mismos términos: «Jehová rugirá desde Sion, y dará su voz desde Jerusalén, y temblarán los cielos y la tierra» ([Joel 3:16](#)); solo que Joel anuncia los juicios futuros que introducirán el reinado milenar del Hijo de David. Amós, como hemos dicho, no va tan lejos, anuncia juicios próximos; el león de Judá ruge el mismo día de su profecía. Amós comienza y Joel termina; los juicios que anuncia sobre las naciones, luego sobre Judá y Efraín, están a punto de ejecutarse y tienen un carácter gubernamental. Solo que el *justo gobierno* de Dios no es el fin de sus caminos hacia las naciones:

aún queda su *justo juicio*, el *juicio nacional definitivo*, y es de este último del que nos habla Joel, como tantos otros profetas que nos hablan del «día de Jehová». Por el contrario, la visión de Amós se detiene en las calamidades que se abatirán en un futuro *muy próximo* sobre las naciones y sobre el pueblo de Israel, y muestra las causas especiales que las han hecho necesarias. Así, en Amós, Faraón, el asirio, Babilonia, son sucesivamente y a diversos intervalos el bastón de Jehová para castigar a todos estos pueblos [2], mientras que la última escena de Joel no presenta nada similar, sino que muestra a Jehová en persona, ejecutando el juicio final y rompiendo definitivamente al asirio después de haberlo utilizado como un bastón contra Israel.

[2] Esto no excluye en absoluto el hecho de que veremos renacer y desempeñar un papel en las escenas del fin a todas las naciones que rodean a Israel. Esto es lo que vemos en Joel, donde Tiro, Sidón, Filistea y Edom reaparecen para el juicio del gran día en el valle de Josafat. Amós no llega tan lejos.

Lo que acabamos de decir es de gran importancia para nosotros. Los juicios que vemos hoy caer sobre la tierra no son los juicios del fin. En Amós nos encontramos con una profecía que ya se ha cumplido; tal es, salvo en el último capítulo, el carácter muy especial de nuestro profeta. En él encontramos advertencias cuyo cumplimiento presagia un día futuro y afirma de antemano su terrible realidad. ¡Lo mismo ocurre con nosotros hoy! Si «aún no es el fin», ¿qué será de los injustos y los pecadores?

En Joel, los cielos y la tierra temblarán cuando Jehová haga oír su voz; en Amós, el terremoto del versículo 1 caracteriza *por sí solo*, como ya hemos señalado, todas las escenas que se desarrollan ante nuestros ojos. Aquí las consecuencias del rugido son locales: «Los pastos de los pastores se enlutarán, y se secará la cumbre del Carmelo» (v. 2). Esta imagen corresponde a lo que el pastor Amós tenía ante sus ojos. Cuando se ejecutan los juicios de Dios, se acaban las ocupaciones pacíficas en las que se complace el alma de los sencillos; adiós a los pastos del desierto de Judá, familiares para los pastores de Tecoa, y a los del Carmelo, donde las ovejas pastan a la sombra de los bosques. El viento de la ira de Jehová ha pasado sobre unos y ha secado incluso el sombreado Carmelo. Encontramos las mismas imágenes en el capítulo 25 del profeta Jeremías. Después de anunciar (v. 15-29) el próximo juicio, por Babilonia, sobre todas las naciones mencionadas por Amós y otras más, habla del rugido de Jehová, de su morada santa, del grito y los lamentos de los pastores, cuyos pastos están devastados y cuyos pacíficos parques están desolados ante el ardor de la ira de Jehová (v. 30-38). Por lo tanto, este pasaje tiene mucho que ver

con los versículos que acabamos de considerar.

3 - Capítulo 1:3 al 2 – Así dice Jehová

Estos 2 capítulos se caracterizan por las palabras: «Así ha dicho Jehová». Cuando Dios ha hablado, el juicio *debe de* cumplirse, aunque no sepamos cuándo. Quizás la paciencia de Dios espere aún mucho tiempo, hasta que se ejecute, pero no por ello dejará de suceder, pues para Jehová el tiempo no cuenta y no modifica en nada la justicia y la santidad de sus caminos. De hecho, estas profecías de Amós no se cumplieron, en su mayor parte, hasta unos 100 años después de haber sido pronunciadas.

Las palabras de Jehová se dirigen en primer lugar a las diversas naciones que rodean al pueblo de Israel: Filistea al oeste, Tiro al norte, Siria al noreste, Amón y Moab al este, Edom al sur. Excepto Moab, que es una excepción, todas estas naciones son juzgadas aquí *según la forma en que han tratado al pueblo de Dios*. Todavía hoy tenemos ejemplos de ello. La justicia retributiva de Dios se ejerce sobre las naciones que persiguen a su antiguo pueblo, por muy culpable que sea.

Hay un gobierno justo de Dios en este mundo, opuesto al de los hombres. Dios lo ve todo y no olvida nada (solo olvida los pecados de aquellos que han creído). Toda injusticia encuentra tarde o temprano su retribución. Dios puede esperar paciente durante toda la vida de un hombre (incluso con respecto a sus hijos, porque su juicio comienza por su casa) para retribuir, según su gobierno, una injusticia cometida. Saúl llevaba mucho tiempo muerto, pero Dios no había olvidado la iniquidad de la que se había hecho culpable al matar a los gabaonitas (2 Sam. 21). Entonces fue necesario que su casa de sangre, excepto Mefi-boset, salvado por la gracia, fuera exterminada. David, hombre de Dios, había olvidado hacía mucho tiempo su crimen contra Urías; pero en el momento oportuno de Dios, las consecuencias de ese pecado comenzaron a desarrollarse y persiguieron al rey profeta hasta el final de su carrera. Lo mismo ocurrió con el censo del pueblo, salvo que la gracia detuvo el juicio en su curso (2 Sam. 24). ¡Cuántos hijos de Dios han tenido experiencias similares! El silencio se cernía sobre tal falta que nadie, excepto el culpable, conocía: de repente, se oye el rugido del león y la tierra tiembla. Hasta entonces, el cielo estaba tan sereno que parecía excluir incluso la idea de una tormenta. En poco tiempo, todo se trastorna, la paz se pierde, la cumbre del Carmelo se seca.

Obsérvese que, en todos los casos citados a lo largo de estos 2 capítulos, el juicio no recae solo sobre *la autoridad* que ordenó las masacres, sino sobre la nación que se considera responsable de ellas. Sin duda, se juzga a la autoridad: los reyes, los que ostentan el cetro, los príncipes y los gobernadores son castigados personalmente, pero también lo está toda la nación, ya que, lejos de oponerse a los actos de la autoridad, los ha apoyado con sus simpatías, sus odios y su violencia. En el caso de los gabaonitas, el pueblo es incluso castigado en primer lugar con 3 años de hambruna, y el juicio de la familia de Saúl solo llega después, porque el pueblo debía purificarse del mal cometido por su jefe.

Cuando se comete una *iniquidad nacional*, como vemos en estos capítulos, al espíritu del hombre le cuesta concebir que no sea reprimida inmediatamente, pero no es así: los caminos de Dios no son nuestros caminos. Dios permite –lo vemos continuamente en la profecía– que la iniquidad *dé todos los frutos* que esperaba quien la cometió; Dios la utiliza para cumplir sus designios, pero la retribución no deja de llegar: avanza lentamente, pero llega.

El asirio, cuya acción se insinúa más de una vez en estos capítulos, es un instrumento inicuo, empleado primero contra la iniquidad de Israel y luego contra la de las naciones que habían saciado su ira contra el pueblo de Dios, pero la vara de la ira de Dios, habiendo cumplido su obra, se rompe, su fuerza se derrumba y su caída es más profunda que la de todas las naciones que ha golpeado. Por lo demás, en nuestros capítulos, el asirio, que ni siquiera es nombrado, está lejos de ser el único agente que Dios utiliza para ejecutar sus juicios. Otros muchos agentes concurren en diversas épocas y sus nombres también son omitidos por Amós. Podemos encontrarlos en otros relatos históricos o proféticos; el Espíritu de Dios no los menciona aquí porque, como hemos dicho anteriormente, nuestro profeta se refiere al estado moral que requiere la intervención divina y no a los instrumentos que Dios utiliza. El profeta describe esta intervención sin intermediarios, como un fuego, un rugido, un terremoto, para hacer comprender que emana directamente de Dios. No ocurre lo mismo con otros profetas. Así, [Isaías 14:28 al 23](#) describe el juicio de estas mismas naciones *por parte de Asiria*, como consecuencia de su conducta hacia las 10 tribus; [Jeremías 46 al 49](#) describe su juicio *por Nabucodonosor*, como consecuencia de su conducta hacia Judá.

Al considerar la profecía en su conjunto, encontramos personas diferentes para ejecutar los juicios, pero también repeticiones del mismo pecado que provocan nuevas venganzas por parte de Dios a través de esos mismos agentes. Sin embargo, ya sean estos instrumentos sucesivamente los asirios, Faraón, los reyes de Oriente, Babilo-

nia o el propio Israel, los juicios de las naciones no son aún en Amós más que los caminos habituales de Dios en el gobierno del mundo y no los juicios del fin. Todas las naciones de las que hablan los 2 primeros capítulos de Amós tendrán que reaparecer al final de los tiempos después de haberse reconstituido, y sufrir un juicio *nacional* mucho más severo que sus desgracias pasadas, mientras que todas sus obras les serán tenidas en cuenta en el valle de Josafat (Joel 3), tras lo cual se producirá la restauración parcial de un remanente de estas naciones (excepto, entre otras, la de Edom), como leemos en Jeremías. Este juicio nacional no debe confundirse con el juicio individual y personal de los muertos ante el gran trono blanco [3].

[3] En muchos casos, no se puede determinar la época en que las naciones mencionadas en estos capítulos invadieron Israel y Judá. Sus ataques fueron incesantes y se sucedieron a intervalos más o menos cortos. Lo mismo ocurrió con los instrumentos de su propia caída. Para no alargar nuestro texto, resumiremos aquí, desde el punto de vista histórico, sus crímenes contra Israel y los diversos agentes por los que se llevó a cabo su juicio:

Damascos, o más bien su rey Hazael, se apoderó de todos los confines de Israel y Galaad a causa de los pecados de Jehú y durante su reinado, es decir, antes de Jeroboam II (2) y Ozías (2 Reyes 10:33). Este ataque tiene una relación histórica con la profecía de Amós (1:4). Bajo Acas, más de 16 años después de la muerte de Uzías, se cumplió la profecía de Amós contra Damasco. «Subió el rey de Asiria contra Damasco, y la tomó, y llevó cautivos a los moradores a Kir» (2 Reyes 16:9; Is. 17:1-3). Sin embargo, Amós es más explícito y habla del «pueblo de Siria». Más tarde, en los últimos días del reino de Judá, encontramos una profecía similar contra Damasco y su conquista por Nabucodonosor (Jer. 49:23-27). También allí el Señor enciende un fuego en los muros de Damasco y devora los palacios de Ben-Hadad.

Filistea invade Judá y ocupa sus ciudades bajo Acas, muchos años después de Uzías (2 Crón. 28:18). Ezequías combate a los filisteos (2 Reyes 18:8). Luego son golpeados por Faraón (Jer. 47) y destruidos por Nabucodonosor (Ez. 25:15-17). En varias ocasiones vendieron todo el cautiverio (me inclino a creer que este término se refiere a Judá y a las 10 tribus) a Grecia (Joel 3:6) o a Edom (Amós 1:6). Evidentemente, estas cosas ocurrían a menudo y no se relatan en ocasiones históricas concretas. La destrucción de Filistea también se menciona en Jeremías 47; esta nación reaparece al final de los tiempos y

su juicio tiene la misma causa que en el pasado (Joel 3:4).

Tiro actúa hacia Israel como los filisteos. Varias naciones cooperaban con Tiro en el tráfico de esclavos, el más lucrativo de la época (Ez. 27:13). Tiro, que había entregado todo el cautiverio a Edom, está entregada a Asiria, y luego a Nabucodonosor, tras la derrota de los filisteos. Encontramos a Tiro junto con Sidón en el juicio del último día (Joel 3:4).

Edom. Su cruel venganza contra Judá se relata en Ezequiel 25:12-14. Su deseo de conquistar las 2 naciones, Israel y Judá provocan la indignación de Jehová (Ez. 35:10). El monte Seir está destruido; Nabucodonosor es el agente de esta destrucción. Pero Edom reaparece en la historia profética del fin; lo encontramos en el valle de Josafat (Joel 3:19). Está a la cabeza de la confederación de las naciones del fin, junto con Moab, Amón, Filistea y Tiro, confederación de la que forma parte Asiria. Todos quieren apoderarse de las *moradas de Dios* y tomar posesión de ellas (Sal. 83). Este es también el motivo de su derrota final, como vemos en Abdías y al final de Isaías (63:1). El Señor mismo ejerce sobre Edom la venganza de su pueblo, y hace cooperar a Israel.

Amón ataca especialmente a Galaad, territorio de las 10 tribus, pero también se abalanza sobre Judá, llevándola cautiva (Ez. 25:1-7). Su objetivo es ampliar sus fronteras a expensas del pueblo de Dios, una ambición malvada que vemos ejercerse hoy en día en todas partes a expensas del vecino. ¡Esto clama venganza! Los ismaelitas o «hijos del Oriente» (Ez. 25:4, 10), y luego Nabucodonosor (Jer. 49:2) son los agentes de la destrucción de Amón.

Moab está acusado en Amós de una fechoría diferente a la de las naciones mencionadas anteriormente. Está destruido y luego reaparece al final de los tiempos para ser golpeado por Nabucodonosor (Jer. 48).

Volvemos a Moab en nuestro texto (en relación con el cap. 2).

En todo lo que acabamos de ver, Amós anuncia el juicio *inminente* de estos pueblos, según el trato que dieron a las 10 tribus, así como al reino de Judá. Este juicio no trasciende los tiempos históricos como lo hacen tantos otros pasajes de los profetas, porque el libro de Amós se ocupa, ante todo, como hemos señalado, de los caracteres morales del mal que requiere juicio y nos habla muy poco de los acontecimientos del fin.

Los caminos gubernamentales de Dios en juicio tienen como objetivo principal a su pueblo, ya que el juicio de Dios comienza por su casa. Damasco, Gaza, Tiro, Edom y Amón son los instrumentos de Dios para castigar a su pueblo, que se ha entregado a la idolatría y ha abandonado a Jehová, despreciando todos los principios morales de su Ley. Pero, como veremos, estas naciones persiguen sus intereses de lucro o conquista y sus proyectos de venganza cometiendo atrocidades. Dios lo permite. La iniquidad se acumula sobre la iniquidad hasta que la medida se desborda: «Por tres pecados... y por el cuarto», dice Jehová, «no revocaré su castigo». Esta frase se repite en cada nueva ocasión. No hay *ni una sola* de estas naciones, incluidas Judá y Efraín, que no haya colmado sus transgresiones. Es entonces cuando Dios los castiga. Más tarde se ocupará de su pueblo para restaurarlo después de haberlo castigado, porque, bajo todos sus juicios, se siente que el corazón misericordioso de Jehová no cambia. Nunca olvida a su pueblo, por muy culpable que sea. Sus consejos hacia él son eternos, inmutables; mientras que algunas de esas naciones serán aniquiladas y un remanente de las demás será restaurado (Jer. 46:26; 48:47; 49:6, 39). Ahora se ocupa de aquellos que han pisoteado a Israel.

Lo que le sucedió a Israel en el pasado puede suceder hoy a los cristianos en la batalla de los pueblos. Es una disciplina necesaria para los hijos de Dios, pero poblaciones enteras que llevan el nombre de Cristo están siendo masacradas por las naciones orientales. Dios no lo olvida: les llegará el turno a estas últimas. Otras más fuertes que ellas entrarán en escena y convertirán sus triunfos en lutos, sus victorias en derrotas.

«Así ha dicho Jehová: Por tres pecados de Damasco, y por el cuarto, no revocaré su castigo; porque trillaron a Galaad con trillos de hierro. Prenderé fuego en la casa de Hazael, y consumirá los palacios de Ben-adad. Y quebraré los cerrojos de Damasco, y destruiré a los moradores del valle de Avén, y los gobernadores de Bet-edén; y el pueblo de Siria será transportado a Kir, dice Jehová» (1:3-5).

En 2 Samuel 10:6-14 vemos que, en el pasado, los sirios se habían aliado con los hijos de Amón contra David, después de que estos últimos hubieran ultrajado a los enviados del rey. Los hijos de Amón fueron derrotados y David les infligió crueles represalias (2 Sam. 12:31; 1 Crón. 20:3). Esta venganza era legítima, porque era la voluntad de Dios, por medio de su Rey. Lo que nos asegura esto es el relato que se da de este hecho en las Crónicas, donde se silencian todas las faltas de David, salvo 2 excepciones. Los sirios se habían unido desde el principio a la causa de los amonitas, que fueron casi exterminados; se vengaron arrasando Galaad con carros de hierro. El hecho de esta alianza agrava aún más el juicio pronunciado sobre Da-

masco, capital de los sirios. Sin duda, Dios se había servido de ellos como un bastón contra Israel y había confiado esta misión a Hazael, su rey, por medio del ministerio de Eliseo (1 Reyes 19:15; 2 Reyes 8:7-15). Ahora rompe el bastón que había cumplido sus designios, porque no había temor de Dios en el corazón de Hazael; había sido despiadado en su ataque y Dios, que lo empleaba, lo juzgaba por su crueldad hacia su pueblo. Eliseo había advertido a Hazael de todo el mal que haría a Israel y había llorado por ello. Incluso le había advertido que aplastaría a sus hijos pequeños y destrozaría el vientre de sus mujeres embarazadas. Parece que la alianza de los sirios con los amonitas duró mucho más allá de la época de David, ya que lo que se atribuye a estos últimos en Amós 1:13, se atribuye a los sirios en 2 Reyes 8:12. Dios sabía todas estas cosas; al ungir a Hazael para castigar a su pueblo, también sabía que este hombre usurparía la realeza mediante el asesinato de Ben-Hadad, el rey legítimo. Lo sabía; ¿se puede decir que lo deseaba? En absoluto, porque, llegado el momento, reivindica los derechos de su santidad y su justicia frente a las transgresiones de Damasco.

«Quebraré los cerrojos de Damasco, y destruiré a los moradores del valle de Avén, y los gobernadores de Bet-edén; y el pueblo de Siria será transportado a Kir, dice Jehová» (v. 5). Damasco, con las barras que cierran sus puertas, quedará indefenso ante el enemigo. Bet-avén será “el valle de la nada”, como, en Oseas 4:15; 5:8; 10:5, Bet-él, la casa de Dios, se había convertido en Bet-avén, “la casa de la nada”. En oposición a ella, Bet-Eden era en Siria la “casa de las delicias”. Eso era lo que los hombres pecadores querían hacer del mundo y que, por desgracia, logró cautivar incluso los ojos de un creyente como Lot (Gén. 13:10). Damasco era un Bet-edén a los ojos de los hombres, toda esa región era un Bet-avén a los ojos de Dios [4]. El pueblo de Siria, al que Galaad había ofrecido una presa fácil más allá del Jordán, «será transportado a Kir, dice Jehová» (v. 5). El asirio Tiglat-Pileser, pocos años después de la profecía de Amós, cumplió esta predicción (2 Reyes 16:9; Jer. 49:23-27).

[4] Bet-avén y Bet-edén no han podido ser identificadas por los geógrafos.

«Así ha dicho Jehová: Por tres pecados de Gaza, y por el cuarto, no revocaré su castigo; porque llevó cautivo a todo un pueblo para entregarlo a Edom. Prenderé fuego en el muro de Gaza, y consumirá sus palacios. Y destruiré a los moradores de Asdod, y a los gobernadores de Ascalón; y volveré mi mano contra Ecrón, y el resto de los filisteos perecerá, ha dicho Jehová el Señor» (v. 6-8).

Al igual que otras naciones, Filistea era culpable de transgresiones anteriores, y toda la historia de Israel nos muestra cuán grande era el odio de los filisteos contra esta nación que los había combatido y luego esclavizado durante el establecimiento de la realeza sobre el pueblo de Dios. Las principales ciudades de Filistea, Gaza, Asdod, Ascalón y Ecrón, son especialmente señaladas. La cuarta transgresión superaba a todas las demás: los filisteos habían vendido como esclavos a todos los cautivos de Judá e Israel, entregándolos en manos de Edom, su enemigo más cruel. Por eso, el juicio recae sobre el que sostiene el cetro, el gobernador responsable; los habitantes de Asdod son masacrados, el resto de los filisteos perece; ninguno escapa y no se ve que sus cautivos sean restituidos en los últimos días. En [Jeremías 47](#), el juicio recae sobre ellos por medio del Faraón, y luego Asiria y Egipto se disputan sus ciudades, unas veces conquistadas por uno, otras veces recuperadas por el otro, hasta que solo quedan ruinas. En [2 Crónicas 28:17-20](#) vemos el ataque de los filisteos contra Judá, bajo Acáz, así como el de los edomitas, sus aliados; en [Isaías 9:11-12](#), el ataque de los sirios y los filisteos contra Israel; en [Isaías 14:29-32](#), el de los asirios contra Filistea.

«Así ha dicho Jehová: Por tres pecados de Tiro, y por el cuarto, no revocaré su castigo; porque entregaron a todo un pueblo cautivo a Edom, y no se acordaron del pacto de hermanos. Prenderé fuego en el muro de Tiro, y consumirá sus palacios» (v. 9-10).

Hasta ahora hemos visto el juicio de 2 naciones, completamente ajenas al pueblo de Dios. Nunca habían estado más que en abierta hostilidad con él. Ahora entramos en un terreno nuevo, primero el de los lazos fraternos, luego el de las relaciones consanguíneas con Israel, relaciones que, aunque solo fueran según la carne, creaban obligaciones a Edom, Amón y Moab, y deberían haber frenado su antipatía y su odio. Aquí se trata de Tiro. Este reino había conocido tiempos favorables y especialmente benditos, cuando Hiram, reconociendo al Dios de David y Salomón, había hecho alianza con estos 2 reyes y se había comprometido a cooperar en la construcción del templo de Jehová. ¿Cómo es que este afecto y esta alianza fraternal habían dado paso al odio a lo largo de los años? La gracia de David, la sabiduría y el poder de Salomón, pero sobre todo su fe, habían cautivado en otro tiempo el corazón de Hiram. Él había comprendido que Jehová era el objeto de todos los pensamientos de sus amigos; había visto que su único deseo era dar a Dios, en medio de su pueblo, una morada digna de Él.

Aunque las cosas que había hecho Hiram eran desconocidas para sus sucesores, Dios no las había olvidado y responsabilizaba a los herederos del rey de Tiro por haber tenido en otro tiempo su reino relacionado con las bendiciones de la alianza.

Aunque esta alianza había sido solo pasajera y ocasional, Tiro, al haber disfrutado de ella, se había hecho responsable de conservarla, pero los *intereses* de esta nación comerciante la habían alejado rápidamente de las bendiciones espirituales; había visto una fuente de ganancia en la alianza con Filistea para hacer la guerra al pueblo de Dios y reducirlo a la cautividad. No le importaba que fuera vendido a Edom, enemigo acérrimo de Israel; la sed de oro dominaba cualquier otra consideración. Más tarde, estas 2 naciones aliadas reiteraron su acción sacrílega vendiendo a Javán a los cautivos de Israel. Pero había en ellos algo más que la ganancia: su política era alejar a Israel de sus fronteras (Joel 3:6), para apoderarse de los territorios sobre los que tenían pretensiones, olvidando que esos territorios pertenecían a *Jehová*. Olvidaban o ignoraban que Jehová había elegido para sí una herencia especial entre todas las naciones. Galaad era suyo, Manasés era suyo, Efraín era la fuerza de su cabeza, Judá era su legislador (Sal. 108:8). Gaza y Tiro tuvieron la locura de tocar, la audacia de apropiarse de lo que pertenecía a Dios: «*mi plata y mi oro*», y de llevar a sus templos «*mis cosas preciosas y hermosas*» (Joel 3:5). Si bien consideraba bueno castigar a Israel por medio de estas naciones enemigas, no estimaba que ninguna nación tuviera derecho a aprovecharse de ello en su propio beneficio.

¿No hay ejemplos similares en la actualidad? Las naciones se alían para tomar posesión de territorios que no les pertenecen y expandirse a expensas de sus vecinos, los deportan y se apoderan de sus riquezas, sin pensar por un momento que «de Jehová es la tierra y su plenitud (Sal. 24:1).

«Así ha dicho Jehová: Por tres pecados de Edom, y por el cuarto, no revocaré su castigo; porque persiguió a espada a su hermano, y violó todo afecto natural; y en su furor le ha robado siempre, y perpetuamente ha guardado el rencor. Prenderé fuego en Temán, y consumirá los palacios de Bosra» (v. 11-12).

Con Edom pasamos a los pueblos *emparentados* con Israel. Sus transgresiones no son menores que las de las naciones extranjeras. Esaú, Edom, es juzgado por su odio asesino y sin misericordia hacia Jacob, su hermano. Los pueblos anteriores son tratados con menos severidad que los siguientes. El juicio de Edom es sin misericordia alguna. Su odio salvaje contra el pueblo de Jehová (porque cuanto más estrechos son los lazos, y esto caracteriza al hombre, más intenso es el odio) obliga a Dios a decir, al final de su historia: «A Esaú aborrecí» (Mal. 1:3). Por lo tanto, no tendrá descendencia (vean Abdías. Jer. 49:7-22); «Dejará de ser», dice Jeremías (49:10), mientras que incluso Moab y Amón, y luego Elam, ven restablecidos a sus cautivos (48:47; 49:6, 39). El caso de Edom es irremediable, sin perdón. Es la única de estas naciones que es exterminada, o al menos esclavizada en su totalidad; será

el escenario de la terrible carnicería del fin (Is. 63:1-6). Pero no es solo el odio lo que caracteriza a Edom; lo hemos visto servirse de Filistea y Tiro, naciones con las que no tenía ninguna afinidad de origen, para esclavizar a Israel, su hermano según la carne. De este modo, expresaba no solo su ira inveterada contra Jacob, que le había arrebatado su derecho de primogenitura, sino también su desprecio por la sentencia de Dios: «El mayor servirá al menor» (Gén. 25:23). Tras reducir a su hermano a la esclavitud, se apoderó de todo el sur de Palestina (Idumea) y lo anexionó a su territorio, en contra de la voluntad expresa de Dios y de los principios de su gobierno, cuando estableció los límites de los pueblos según el número de los hijos de Israel (Deut. 32:8) [5].

[5] El rey de Edom no se nombra aquí. Edom no tenía rey en tiempos de Josafat (2 Crón. 20:1), ni en tiempos de Uzías (2 Crón. 25:7).

«Así ha dicho Jehová: Por tres pecados de los hijos de Amón, y por el cuarto, no revocaré su castigo; porque para ensanchar sus tierras abrieron a las mujeres de Galaad que estaban encintas. Encenderé fuego en el muro de Rabá, y consumirá sus palacios con estruendo en el día de la batalla, con tempestad en día tempestuoso; y su rey irá en cautiverio, él y todos sus príncipes, dice Jehová» (v. 13-15).

El parentesco de Edom con Israel se remontaba a Isaac, y el de Amón y Moab, a través de Lot, a Abraham. Aunque basada en hechos vergonzosos, era más antigua que la primera. Encontramos en los hijos de Amón una crueldad atroz hacia las tribus situadas más allá del Jordán, con el fin de exterminar a sus descendientes varones y apoderarse definitivamente del territorio de Galaad. En esto, al igual que Edom, Amón olvida que el mismo Jehová lo había desposeído para dar una herencia a su pueblo. Era la tierra de Jehová y no podía ser enajenada. Los planes del hombre fracasan ante el gran hecho de que la causa de Jehová, ante la cual ninguna de las pretensiones del hombre tendrá éxito, acabará imponiéndose. Este reino de presa, similar al de Edom, llegará a su fin «con estruendo en el día de la batalla, con tempestad en día tempestuoso». Su ruina será más terrible que todas las demás. La tormenta se abatirá sobre todo el pueblo, pero sus líderes responsables irán al cautiverio, el rey y los príncipes juntos, como el pueblo de Siria. El profeta Eliseo había llorado por delitos similares (2 Reyes 8:12; vean también Oseas 13:6). ¿Cómo es posible que Jehová lo permita? ¿Es insensible a tantos horrores? Sin duda, él sabía de antemano lo que saldría del corazón del hombre, que se convirtió en su vara para castigar a su pueblo, pero muestra, y es lo primero que destaca aquí, que va a romper la vara que ha utilizado.

4 - Capítulo 2

«Así ha dicho Jehová: Por tres pecados de Moab, y por el cuarto, no revocaré su castigo; porque quemó los huesos del rey de Edom hasta calcinarlos. Prenderé fuego en Moab, y consumirá los palacios de Queriot; y morirá Moab con tumulto, con estrépito y sonido de trompeta. Y quitaré el juez de en medio de él, y mataré con él a todos sus príncipes, dice Jehová» (2:1-3).

El carácter de Moab contrasta con lo que hemos visto hasta ahora. Nos encontramos ante un nuevo principio. No es solo que el gobierno de Dios registre escrupulosamente el daño causado por las naciones a su pueblo culpable, que se han convertido en sus instrumentos para castigarlo, sino que también registra los daños cometidos por estas mismas naciones *entre sí*. Lleno de un deseo insaciable de venganza que se sacia incluso con los muertos, Moab profanó la tumba del rey de Edom. No sabemos en qué ocasión, pero con ello despreció la autoridad establecida de Dios, por culpable que fuera. Violentar las tumbas, sacar los huesos y quemarlos era un acto de venganza que solo le correspondía a Dios. En el caso de Josías, el objetivo de este acto era profanar los altares de los falsos dioses (2 Reyes 23:15-17), pero no correspondía a los hombres tomar esta medida, salvo para obedecer a Dios. ¿Tenía un hombre profanado el derecho de *juzgar a los muertos*, a otros hombres profanados como él? Se ha querido ver este acto en el relato un tanto enigmático que se nos presenta en 2 Reyes 23:15-17.

Nosotros no lo creemos así, sino que vemos en el hecho aquí relatado una furiosa venganza de Moab contra Edom, que en otro tiempo lo había invadido y humillado, venganza posterior al relato de 2 Reyes 3 y que, al no poder ejercerse sobre el rey vivo, se satisfizo profanando su sepulcro. El hecho relatado en nuestro pasaje es de gran importancia moral en cuanto a los caminos del gobierno de Dios. Aun cuando se trata de Edom, cuya furia contra el pueblo de Dios y contra Dios mismo era ilimitada, Dios castiga toda infracción de las reglas que Él ha establecido, todo ataque, incluso después de la muerte, a la autoridad que él ha instituido. Lo mismo ocurrirá ante el trono del juicio, pero a menudo una iniquidad semejante encuentra su retribución aquí abajo. Dios no olvida nada. ¡Qué descripción de la aniquilación de Moab en medio del tumulto de la batalla! Junto con el juez, todos sus príncipes son asesinados. Sin embargo, al final de los días, Moab, al igual que los hijos de Amón, verá restablecidos a sus cautivos (Jer. 48:17; 49:6), mientras que no se nos dice nada parecido de Edom (Jer. 49:7-22).

¿Quién juzgó a Moab? En Ezequiel 25:8-11 vemos que fueron «los hijos del oriente».

En [Isaías 15](#) y [16](#), se anuncia que el destino de Moab es inminente: «Dentro de tres años, como los años de un jornalero» (v. 14). Esta profecía pudo haber sido pronunciada bajo Uzías o Ezequías. En Jeremías, la destrucción de Moab se lleva a cabo por el “devastador”, que parece ser Nabucodonosor. Pero [Isaías 25:10](#) nos enseña que el juicio de Moab se consumará cuando este pueblo, habiendo sido reconstituido al final de los tiempos, el Señor establezca su reino y la muerte sea sorbida en victoria. Del mismo modo, en [Sofonías 2:10-11](#), el remanente profético de Israel saquea Moab. En [Daniel 11:41](#) vemos que Edom, Moab y los hijos de Amón escapan de la mano del futuro asirio (ya que no habían sido preservados del asirio histórico, o más bien de Babilonia) y son apartados y reservados para un juicio especial al final de los tiempos.

Observemos también que, cuanto más estrecha era la relación de estas naciones con el pueblo de Dios, más severo es el juicio que cae sobre ellas.

«Así ha dicho Jehová: Por tres pecados de Judá, y por el cuarto, no revocaré su castigo; porque menospreciaron la ley de Jehová, y no guardaron sus ordenanzas, y les hicieron errar sus mentiras, en pos de las cuales anduvieron sus padres. Prenderé, por tanto, fuego en Judá, el cual consumirá los palacios de Jerusalén» (v. 4-5).

Si Dios nunca abandona sus promesas, tampoco revoca nunca su sentencia, y menos todavía cuando se trata de su pueblo y no de quienes lo oprimen. Frente a las naciones, él es el abogado de su pueblo y se hace cargo de su causa; pero con respecto a los suyos, su juicio es tanto más severo cuanto mayor ha sido su cercanía a Dios. La severidad de este juicio se manifiesta en el hecho de que Dios asimila completamente a Israel a las naciones, objeto de su castigo irrevocable. Los «tres y cuatro pecados» también se le imputan a Judá. Es importante señalar que Dios solo le da una razón para su juicio: *su relación con Jehová*. Él castiga a las naciones según su conducta hacia su pueblo; castiga a su pueblo según su conducta hacia Él. Todo está contenido en esta simple pregunta. ¿Había honrado o despreciado la Palabra de Dios? ¿Había guardado sus preceptos? La disciplina de Dios hacia nosotros en la tierra (pues se trata del gobierno de Dios y no del juicio eterno) depende ante todo de la influencia que la Palabra ejerce sobre nuestra vida y nuestra conducta. Descuidarla nos asimila al mundo. ¿Pensamos lo suficiente en la observancia de su Palabra? ([Apoc. 3:8](#)). La cual nos granjea la aprobación del Señor, y que el desprecio de su Palabra nos expone a su juicio. ¿En qué la habían despreciado? En que, en lugar de guardar los estatutos de Jehová, habían seguido las mentiras idólatras que sus padres habían seguido. Desde el momento en que descuidamos la Palabra de Dios, se crea un vacío en nuestro corazón, y el mundo no tarda en llenarlo.

En los versículos 6 al 16, *Israel*, es decir, las 10 tribus, aparte, como Judá, del juicio de las naciones. Ya lo hemos dicho: las 10 tribus son el tema especial de la profecía de Amós; por eso, las causas de su castigo se detallan mucho más que en el caso de Judá. La sentencia pronunciada sobre Israel es tan inexorable como las demás. Dios había registrado todas las transgresiones de Efraín. Su conducta estaba determinada por una baja codicia que atacaba a los justos, a los pobres, a los débiles, a los mansos, a aquellos en quienes descansa en todo momento el beneplácito de Dios, a aquellos a quienes había enviado indefensos a este mundo, como corderos en medio de lobos, y, por último, a aquellos a quienes el Señor declara bienaventurados, porque ellos heredarán la tierra en la que la maldad de los hombres no les concede ningún lugar.

Si el estado de Judá es el desprecio de la Palabra, el de Israel se puede resumir, en una palabra: *la ausencia de temor a Dios*. Ellos «vendieron por dinero al justo». Más tarde, Judá siguió el mismo camino al entregar, por 30 piezas de plata, al Justo por excelencia en manos de los hombres. «Y al necesitado por un par de zapatos» (v. 6; 8:6), objeto común y sin valor, que se podía adquirir sin siquiera soltar la bolsa. Así es como estimaban a aquellos a quienes Dios apreciaba por encima de todo. «Pisotean en el polvo de la tierra las cabezas de los desvalidos»: Anhelaban ver a los miserables en duelo para que, despojados de todo, se convirtieran en su presa y pudieran aprovecharse de ellos para reducirlos a la esclavitud. «Y que pervierten el camino de los mansos» (2:7). Los mansos combinan la dulzura con la bondad en sus relaciones con los hombres. El Señor era manso y humilde de corazón; comunica su carácter a sus amados, quienes, por el conocimiento de Cristo, son capaces de reproducir sus rasgos. «Tuercen de los humildes» es acusarlos de estar en contradicción, en su conducta, con su profesión, con el fin de detenerlos en el camino que desean seguir para la gloria de Dios y el bien de los hombres. Estas acusaciones denotan siempre un odio oculto contra Cristo, cuyos seguidores, en medio de muchas debilidades y enfermedades confesadas, tratan de reproducir su carácter. Las tendencias hostiles del corazón de los hombres no siempre se muestran abiertamente, y a menudo se disfrazan para engañar a todos sobre los verdaderos motivos de su conducta, ocupada por completo en el cuidado de sus propios intereses. Sin embargo, tarde o temprano, las ganancias que obtienen, tomando como garantía los bienes de los pobres y multando al prójimo (v. 8), engendran corrupción y alimentan las costumbres más desvergonzadas. Incluso el respeto debido a la familia, el temor que los padres deben inspirar a sus hijos, se olvidan para satisfacer las más bajas codicias (v. 7). En este estado de lucro, corrupción y desprecio por el verdadero pueblo de Dios, estos hombres «se acuestan junto a cualquier altar», porque la religión que profesan no es la verdadera, la *única* de Dios, sino una religión que solo

tiene de verdadera la apariencia. Tal panorama no difiere, moralmente, de aquel del mundo cristiano.

Sin embargo, ¿qué no había hecho Jehová por este pueblo? La historia pasada de Israel demostraba el interés que Dios tenía por él: había exterminado a los cananeos ante él, había aniquilado el poder de Satanás que se oponía a que poseyera la tierra prometida. A pesar de su altura, tan alta como los cedros orgullosos, a pesar de su poder, tan fuerte como los robles, no pudieron hacer frente a Israel; habían sido exterminados, raíces y frutos (v. 9), y no valían más que un tronco de árbol seco, destinado al fuego.

«Y a vosotros os hice subir de la tierra de Egipto, y os conduje por el desierto cuarenta años, para que entraseis en posesión de la tierra del amorreo» (v. 10). Dios les recuerda aquí cómo finalmente les había dado la victoria al hacer en ellos *la obra de la salvación*. Esta obra consiste en 2 factores indispensables: **1.** «Os hice subir de la tierra de Egipto». Es la *redención* la que nos libera del mundo y de la esclavitud de Satanás. **2.** «Os conduje por el desierto cuarenta años». Es la *disciplina* sin la cual no podríamos alcanzar nuestro Canaán celestial. Sin duda, la redención es suficiente para dar al creyente el acceso inmediato al Paraíso, pero, como redimido, es aquí abajo objeto de una acción continua de la Palabra, para purificarlo y santificarlo, porque sin la santidad nadie verá al Señor. Así, en [Efesios 5](#), el Señor, sí mismo, se entregó por la Asamblea, siendo nuestra redención el fruto de su amor por nosotros; luego santifica a la Asamblea purificándola con el lavado del agua, con la Palabra, porque quiere presentarla sin mancha ni arruga, santa e irreprochable, en la gloria.

Esto es lo que, en tipo, Israel debería haber conocido, pero, ante tantas gracias y cuidados, había abandonado a Dios y su Ley. Sin embargo, la paciencia de Jehová hacia ellos no se había agotado: les había suscitado profetas de entre sus hijos y nazarenos de entre sus jóvenes; profetas, portadores de su Palabra, para llevarlos, mediante el arrepentimiento, de vuelta al Dios del que se habían apartado, y hacerlos atentos a sus juicios y misericordias; nazarenos, cuyo ejemplo predicaba la abstinencia de las impurezas del mundo, el rechazo de todo lo que produce embriaguez al satisfacer los deseos de la carne, en una palabra, una vida santificada. Pero, dice Jehová: «Vosotros disteis de beber vino a los nazareos, y a los profetas mandasteis diciendo: No profeticéis» (v. 12). Ellos, los «ebrios de Efraín» ([Is. 28:3](#)), habían descartado el testimonio incómodo de los nazareos obligándolos a hacer como ellos; habían impuesto el silencio a los profetas. Por enemistad contra Dios, habían seducido u oprimido a sus siervos.

Esta ausencia de todo *temor de Dios* es la causa del juicio sobre Israel, comparado (v. 13) a un carro cargado de gavillas en el día de la cosecha, que pasa sacudiendo el suelo bajo el peso de los ejes. Cuando la cosecha esté guardada, ellos serán pisoteados bajo las ruedas. ¡Imagen impactante del juicio que iba a caer sobre Israel y del que el terremoto, anunciado por Amós, iba a ser el precursor! Los versículos 14-16 muestran la imposibilidad de escapar a este cataclismo. Fuerza para resistir el juicio próximo, poder para vencerlo, armas para combatirlo, agilidad para escapar de él, valor para enfrentarlo: todo le faltará al hombre en ese día: convertido en presa del juicio, huirá desnudo ante Dios.

Tal es la sentencia irrevocable contra las 10 tribus, que menos de 100 años después fue ejecutada.

5 - Capítulos 3 al 5:17 – Escuchen esta palabra

En la primera división de nuestro profeta (cap. 1-2) vimos que las palabras «Así dice Jehová» anunciaban un juicio cierto, ya decidido. El decreto no podía ser revocado. Judá, y luego las 10 tribus, no estaban separadas de las naciones vecinas. La única diferencia es que, al estar más cerca de Jehová, y por lo tanto más culpables que los pueblos idólatras vecinos, las quejas formuladas contra ellos superaban a las primeras en número y gravedad. Israel, sobre todo, había llevado sus iniquidades al extremo. Su estado moral era aún peor que sus actos. Si Judá era acusado de desobediencia, desprecio de la Palabra divina e idolatría, Israel se caracterizaba por la ausencia absoluta de temor a Dios: tal era su condición espiritual. Las naciones son juzgadas por su conducta hacia el pueblo de Dios, Israel, en particular, por su conducta hacia Jehová, en la persona de aquellos que lo representan en la tierra, pobre Residuo sobre el que Sus ojos descansan con complacencia. Lo mismo ocurrió más tarde con la tribu de Judá. En los días de Jesús, aquellos que confesaban sus pecados, los “excelentes de la tierra”, los pobres, los mansos, los perseguidos, eran objeto especial de su solicitud. El Evangelio era anunciado a estos pobres del rebaño, las promesas les eran hechas; se les declaraba bienaventurados, los consuelos eran para ellos, cuando, al igual que su Maestro, eran perseguidos, acosados y asesinados por los líderes de Judá. En esta segunda división, se dirige a Israel una nueva interpelación, una llamada suprema: «¡Oíd esta palabra!».

No olvidemos que, cuando Amós profetizaba, el pueblo de Israel bajo Uzías, y especialmente bajo Jeroboam (2), después de haber sufrido juicios terribles, pero parcia-

les, había vuelto a alcanzar la cima de una relativa prosperidad. La riqueza, el lujo, el descanso, el ablandamiento o, mejor dicho, el debilitamiento de las costumbres, una vida de bienestar sin precedentes desde Salomón, caracterizaban a este pueblo. Se puede decir que aquellos tiempos tienen más de un punto en común con los nuestros. Nunca el mundo parece haber sido más próspero en cuanto a sus intereses materiales, mientras que su olvido de Dios y su corrupción moral han alcanzado su punto álgido. De repente, la larga paciencia de Dios llega a su fin, en el momento en que el mundo menos lo esperaba y parecía más próspero. Jehová ruge desde Sion; el terremoto, anunciado por el profeta, sacuda a Israel; ¡el cataclismo del que es el centro lo alcanza y se extiende a todos sus vecinos!

A partir de este tercer capítulo, Jehová se dirige a *todo el* pueblo, sin perder de vista su objetivo principal y más cercano: el terrible juicio que, en pocos años, se abatiría sobre las 10 tribus.

«Oíd esta palabra que ha hablado Jehová contra vosotros, hijos de Israel, contra toda la familia que hice subir de la tierra de Egipto. Dice así: A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra; por tanto, os castigaré por todas vuestras maldades» (v. 1-2). Dios no separa a toda la familia cuando habla de sus misericordias pasadas. La división de las tribus era fruto de sus pecados y Dios la había permitido como juicio sobre ellas y no como un favor especial. Llegaría el momento en que el vínculo roto entre Judá e Israel *se restablecería* y estos hermanos enemigos, reunidos por la gracia, volverían a vivir bien unidos. Por el momento, Dios *los reúne en el juicio*; pero fue como «toda la familia» (3:1) como los había redimido antaño de Egipto. La redención los había considerado como una unidad, y la regeneración los verá reunidos en uno. Lo mismo ocurre con la Iglesia. En otro tiempo, Cristo la amó y se entregó por ella; hoy está mucho más dividida de lo que lo estuvieron jamás las 12 tribus. En el futuro, el Señor la presentará como una sola, su Esposa purificada, sin mancha ni arruga, en la gloria. Hoy el Señor le dice: «Oíd esta palabra». Al ser Israel apartado de todas las naciones que lo rodeaban, se le imponía una responsabilidad muy grave: «*Por tanto*, os castigaré por todas vuestras maldades». No podemos meditar lo suficiente sobre este importante principio.

La grandeza de nuestra responsabilidad se mide por la grandeza de nuestro privilegio. Un Moisés, amigo de Dios, es juzgado más severamente por una sola falta que un ignorante que no goza de ese privilegio, o no tiene parte en él. Lo mismo ocurre con los pueblos. Los que han sido iluminados por la luz de la Palabra son juzgados más severamente que los que, al estar privados de ella, han vivido en la noche de la ignorancia. Las naciones protestantes (o reformadas) más privilegiadas desprecian

a las que viven en las tinieblas del catolicismo, olvidando que sobre ellas caerán los golpes más terribles. Deben rendir cuentas a Dios y no jactarse de sus privilegios. El hombre camina *con Dios*. «¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?» (v. 3). Esta verdad se aplica tanto a los pueblos como a los individuos. En [Lucas 12:54-59](#), los hombres deberían haber discernido el tiempo del Señor y comprendido que, si la gracia estaba con ellos en ese momento como un aguacero, el juicio ardiente, el viento del mediodía, del que se dice: «*Hará calor*», estaba a punto de soplar. Estando las cosas así, ¿no veían que se trataba de escapar del día del juicio? «Cuando vas, pues, con tu adversario ante el magistrado, procura reconciliarte con él en el camino; no sea que te arrastre ante el juez, y el juez te entregue al alguacil, y el alguacil te eche en la cárcel. Te digo que no saldrás de allí hasta que hayas pagado aun el último centavo». Tanto para los individuos como para los pueblos, la única manera de escapar del poder judicial es esforzarse por liberarse de él mientras se está en camino con él. ¿Cómo se puede hacer esto? Aceptando de antemano como justo el juicio merecido, reconociéndose culpable y recurriendo a la gracia.

En nuestro pasaje, el Espíritu nos muestra más bien la imposibilidad de caminar con Dios si no estamos de acuerdo con Él. La pretensión del mundo de poseer el favor de Dios contradice absolutamente lo que la Palabra nos presenta aquí. El mundo no está en absoluto de acuerdo con Dios en cuanto a la necesidad de su propia condenación. Habla de su causa justa, pretende luchar por la justicia y el derecho, y no ve que Dios lo tacha de iniquidad e injusticia, que Dios está fundamentalmente en desacuerdo con él y no puede hacerse cargo de su causa, ya que está perdido sin esperanza. Sí, el juicio está a las puertas: Israel no se daba cuenta. El león rugía en el bosque, ya tenía su presa y estaba listo para devorarla. El leoncillo, instrumento de juicios menores o parciales, había atrapado algo. La red estaba tendida para el pájaro imprudente que iba a caer en la trampa. Este se levantaría del suelo, reteniendo cautivos en sus mallas a aquellos a quienes había atraído. Ya se habían oído las advertencias, la trompeta había sonado en la ciudad... ¿Había temblado el pueblo? ¿Había reconocido la mano de Jehová cuando el mal se abatió sobre alguna región limitada del territorio de Israel? (v. 4-6). Dios había proclamado la inminencia de los juicios; los bosques, los campos y las ciudades de Israel eran testigos de ello; pero ¿dónde estaban los oídos para escuchar?

Y, sin embargo, Dios no se había contentado con hablar a través de calamidades o juicios parciales. No había ejecutado nada sin previo aviso: «Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas» (v. 7). Tal era el papel de los profetas, cuyo número se multiplicaba en Israel cuanto más se acer-

caba el juicio. Dios les había revelado su secreto: este hecho es de vital importancia para todos los tiempos. Las Escrituras sustituyen ahora al profeta, ya que él era en Israel el mensajero de la Palabra de Dios y anunciaba el secreto de Jehová. Para conocer este secreto, hoy podemos consultar la Palabra. Ella nos da a conocer, como al profeta en Israel, el juicio de Dios y la gracia que se eleva por encima del juicio. Hoy somos los confidentes de este secreto encerrado en las Escrituras. Prestemos atención a ellas. Permanezcamos con el profeta y no con el mundo que no quiere escuchar el secreto revelado al siervo de Jehová cuando rugió el león. Anunciemos a los hombres la única manera de escapar del juez.

Al igual que el profeta que tenía el secreto de Dios, nuestra parte es estar absolutamente separados de un mundo maduro para el juicio. Ay, como Israel, hoy nos manda diciendo: «¡No profeticéis!» (2:12). Sin embargo, que nada nos detenga: «Si el león ruge, ¿quién no temerá? Si habla Jehová el Señor, ¿quién no profetizará?» (v. 8). Por mucho que los hombres canten para darse ánimos, exultando y proclamando de antemano la victoria: ¡Tienen *miedo*! La nube, surcada de relámpagos, desciende cada vez más sobre sus cabezas, crece sobre ellos, los envuelve; tienen miedo mientras cantan himnos de triunfo. Emplean toda su energía para vencer la tormenta; exclaman: Me mantengo firme, lo estoy consiguiendo, mis fuerzas vencerán la furia de los elementos, pero en el fondo de su alma tienen miedo. Nunca lo admitirán, pero, estén en un bando u otro, tienen miedo. ¿Pueden hacer algo contra el león que ha rugido, contra Jehová que ha hablado, contra el dominador, que ya tiene en su poder a su presa? La tarea del creyente es profetizar, porque conoce el secreto de Dios. Cristianos, no dejemos de hacerlo; que nuestra voz, que la Palabra de Dios se oiga claramente en medio de los elementos desatados, aunque solo sea para convencer al mundo de pecado, justicia y juicio, aunque solo sea para salvar de la trampa del cazador a algún pobre pájaro fascinado por el espejo sobre el que se ha tendido una red.

En los versículos 9-10, Dios llama a Filistea (Asdod) y a Egipto a reunirse en las montañas de Samaria para ver «las muchas opresiones en medio de ella, y las violencias cometidas en su medio. No saben hacer lo recto, dice Jehová, atesorando rapiña y despojo en sus palacios». No es que Dios exculpe a estas naciones, pues Filistea ha sido señalada en el primer capítulo como uno de los objetos del juicio, debido a la opresión ejercida sobre los cautivos de las 10 tribus, y Dios toma a estas naciones como testigos de las iniquidades de Efraín, para que comprendan que, si juzga a Israel por medio de ellas, no es porque las considere inocentes, sino porque reivindica aún más su carácter frente a todo mal, allí donde se invoca su nombre.

¡Cuán poco se comprende esta verdad hoy en día! Una nación que esclaviza a otra cree que Dios la utiliza y la aprueba porque es mejor que su enemigo derrotado. ¡Que medite en estos versículos! Dios se sirve de Filistea y Egipto para castigar, y no como prueba de favor hacia estas naciones. «El *resto* de los filisteos perecerá» (1:8), había dicho Jehová. ¡Que tengan cuidado! No serán objeto de la gracia en medio del derrocamiento que ellos mismos han provocado, pero del seno del pueblo, aplastado por el juicio, Jehová salvará a un pobre y pequeño remanente. «De la manera que el pastor libra de la boca del león dos piernas, o la punta de una oreja, así escaparán los hijos de Israel que moran en Samaria en el rincón de una cama, y al lado de un lecho» (3:12). Quedarán restos que, por muy mutilados que estén, podrán ser reconocidos por el pastor al que pertenecen. El remanente de un pueblo condenado a la destrucción será recogido por el pastor del rebaño. Un solo hombre, Cristo, salió ileso de las fauces del león sin ser devorado. A pesar de los dardos de los arqueros, “su fuerza permaneció intacta”; en medio de la muerte, él fue «el poder de Dios».

Este pequeño remanente es objeto de la solicitud de Jehová. Lo vemos reaparecer en el capítulo 5:15: «Quizá Jehová Dios de los ejércitos tendrá piedad del *remanente* de José», si vuelve al bien. Este mismo remanente es todavía, en el capítulo 4:11 como «un tizón salvado del fuego». Del mismo modo, en el capítulo 9:8, hablando de las 12 tribus, dice: «Mas no destruiré del todo la casa de Jacob, dice Jehová». Luego viene el anuncio de lo que Jehová hará al final de los días, cuando restaure a Israel (v. 11-15). Todos los caminos de Dios hacia su pueblo terminan con un cántico de triunfo. Sus juicios son invariablemente seguidos por el resultado de su fidelidad a sus promesas, en una palabra, ¡de su *gracia*!

«Oíd», dice Jehová (v. 13). Los profetas habían hecho oír a los enemigos el grito de reunión (v. 9). Aquí, esos mismos profetas dan testimonio por toda Israel, porque son *los únicos* que escuchan. ¿No os ha servido de advertencia el terremoto? La destrucción alcanzará vuestros falsos altares; el de Betel caerá por tierra. Bajo Jero-boam (1), el viejo profeta había profetizado contra ese mismo altar de Betel. En ese mismo momento, su maldición se cumplió (1 Reyes 13:2, 5) como *signo* de lo que iba a suceder. Josías cumplió esta profecía (2 Reyes 23:15) unos 100 años después de las palabras de Amós, porque, como hemos dicho a menudo, la característica particular de este profeta es anunciar juicios *inminentes*.

Toda la prosperidad y las riquezas acumuladas por los hombres afeminados de Samaria desaparecerán en la tormenta: «Heriré la casa de invierno con la casa de verano, y las casas de marfil perecerán; y muchas casas serán arruinadas, dice Jehová»

(v. 15).

La opulencia de la que el mundo se jacta y que persigue como su objetivo supremo es uno de los rasgos particulares de este profeta (vean 3:12, 15; 5:11; 6:1, 4-6). Todo ello es juzgado [6].

[6] Una segunda acusación que aparece a menudo en este libro es la opresión de los débiles (vean 2:7-8; 3:10; 4:1; 5:11; 8:5-6).

6 - Capítulo 4

Aquí escuchamos por segunda vez (v. 1; vean 3:1): «Oíd esta palabra». El profeta ya no se dirige a toda la familia de Israel, como en el capítulo 3:1, sino a las 10 tribus y al monte de Samaria. Desciende, por así decirlo, de su elevado observatorio de Tecoa, entra en el territorio de Efraín y profetiza en Betel:

«Oíd esta palabra, vacas de Basán, que estáis en el monte de Samaria, que oprimís a los pobres y quebrantáis a los menesterosos, que decís a vuestros señores: Traed, y beberemos. Jehová el Señor juró por su santidad: He aquí, vienen sobre vosotras días en que os llevarán con ganchos, y a vuestros descendientes con anzuelos de pescador; y saldréis por las brechas una tras otra, y seréis echadas del palacio, dice Jehová» (v. 1-3).

La primera comparación se toma de las imágenes tan frecuentes en Amós, sugeridas por los rebaños. Las «vacas de Basán» (4:1) no son, como algunos han pensado, las mujeres de Samaria, en contraste con los «toros de Basán» (Sal. 22:12), imagen de la fuerza bruta; sino que representan aquí un rebaño selecto engordado en los pastos abundantes de la meseta de Basán, más allá del Jordán. Su alimento es la opresión de los débiles y el aplastamiento de los pobres. Los amos que los pastorean, sus reyes, les proporcionan lo necesario para satisfacer su sed de bienestar. Creo que la embriaguez, tan a menudo señalada como una de las plagas de Efraín, no queda excluida de esta imagen (vean nuestro profeta 2:8; 5:11; 6:6). Todo este pasaje se refiere a la prosperidad material de Samaria y a los excesos que la acompañan, pero este bienestar se consigue a costa de los débiles y los pobres a los que oprime. En pequeño, esta historia de Israel es una figura de la historia del mundo en vísperas de su ruina final. Cada vez más, la ambición de los hombres y de sus gobernantes tiende hoy en día hacia la prosperidad material. Un gobierno que satisface esta deman-

da: «Traed, y beberemos» está bienvenido por su pueblo. Los propios ricos forman «conglomerados fiduciarios» para adquirir miles de millones, arruinan a todas las pequeñas industrias y les impiden vivir.

Los Estados realizan esfuerzos inmensos y sostenidos para adquirir la preponderancia industrial sobre las demás naciones e impedir su desarrollo. Con la prosperidad material, los excesos y la inmoralidad aumentan y se multiplican. La reforma *moral* es, a pesar de las apariencias, totalmente ajena al espíritu de los hombres, porque “el temor de Dios no está ante sus ojos”. Jehová ruge desde Sion, y en un instante toda esa prosperidad está golpeada de muerte. La santidad de Dios no ha podido soportar por más tiempo toda esta injusticia. ¿No es este un ejemplo llamativo de lo que nos está sucediendo hoy en día? Han llegado los días: el terror se apodera del rebaño asustado, que sale en masa por las brechas, en una confusión indescriptible, sin saber adónde le lleva su camino. Aquí aparece otra imagen, frecuente en los profetas para indicar el resultado de las invasiones del enemigo: los anzuelos para capturar cada pez y llevarlo a la muerte, los anzuelos de pesca (otros traducen “las garras”) para reducirlos a la cautividad. “Harmon” no ha sido identificado y ha dado lugar a muchos comentarios; creo que indica el lugar al que será trasladada la población de Samaria.

«Id a Bet-el, y prevaricad; aumentad en Gilgal la rebelión, y traed de mañana vuestros sacrificios, y vuestros diezmos cada tres días. Y ofreced sacrificio de alabanza con pan leudado, y proclamad, publicad ofrendas voluntarias, pues que así lo queréis, hijos de Israel, dice Jehová el Señor» (v. 4-5).

Además de la satisfacción de sus codicias, hay un segundo rasgo que los caracteriza: *su religión*. Lo que la hace más odiosa es que han conservado su forma exterior. Bet-el, donde Dios se había revelado a Jacob, donde Jacob, a punto de regresar allí, había enterrado todos los ídolos de su familia (*Gén. 35:1-5*); Bet-el, lugar del que se había desterrado la idolatría, se había convertido en el lugar del becerro asociado por Jeroboam I, al nombre de Jehová. ¿No es este espectáculo, en cierta medida, el que ofrece la cristiandad? Ha conservado la apariencia exterior del culto a Dios, introduciendo en él sus ídolos. Gilgal, donde la carne había sido juzgada y eliminada, ofrecía el mismo culto híbrido; ¡el hombre llevaba allí su impureza y sus transgresiones! En días fijos, venía a ofrecer sacrificios y diezmos a Dios, y hacía humear pan leudado, un culto en la carne, en lugar de los panes sin levadura de una vida santa, consagrada a Jehová. *Publicaba* ofrendas voluntarias para ganarse ante el mundo una reputación de piedad, pues no tenía intención alguna de ofrecérselas a Dios.

Los juicios de Dios fueron la consecuencia de esta falsa religión; el hambre y la sequía afectaban a un hombre y perdonaban a su vecino, prueba evidente de que estas plagas no podían atribuirse al azar, sino al mismo Dios que las infligía. La pérdida de sus cosechas, una plaga similar a la plaga de Egipto que había caído antaño sobre sus enemigos, una revuelta como la subversión de Sodoma y Gomorra, los había visitado; un tizón salvado del incendio, un miserable resto, ya medio consumido, les quedaba aún (v. 4-11). «No volvisteis a mí, dice Jehová» (4:6, 8-11). Este doloroso término de reproche se repite 5 veces. Nada había podido llevarlos al arrepentimiento. No habían escuchado el llamado: «Oíd esta palabra», no habían comprendido que Dios les hablaba a través de esos acontecimientos y no se habían convertido.

¿Es el mundo actual mejor que Israel? ¿Ha prestado la cristiandad atención a tantas advertencias parciales que se han repetido a lo largo de los años? Ha sido necesario, como en el pasado, que «rugiera Jehová». Si el pastor arranca aún algunos restos al enemigo, si el salvador retira aún alguna brasa del incendio, la nación en su conjunto no vuelve a Dios. ¿Qué se le hará y cuál será su destino? Solo le queda una cosa: «*Prepárate para venir al encuentro de tu Dios*, oh Israel. Porque he aquí, el que forma los montes, y crea el viento, y anuncia al hombre su pensamiento; el que hace de las tinieblas mañana, y pasa sobre las alturas de la tierra; Jehová Dios de los ejércitos es su nombre» (v. 12-13). ¿Cuál será, en ese momento, el destino de los hombres? ¿Había podido Israel soportar, a pesar de toda su preparación, la presencia de Dios sentado en el Sinaí? (Éx. 19:11, 15). Aterrorizados y temblorosos, ¿hubieran deseado que la palabra no les hubiera sido dirigida! Cuando se preparan para encontrarse con él, su sentencia ya está pronunciada de antemano. Dios los juzgará no solo por sus actos, sino también por el estado de su corazón, él, que conoce sus intenciones y que «anuncia al hombre su pensamiento»; y cuando llegue ese día para Israel, para el hombre, será el amanecer de las tinieblas eternas (vean Joel 2:2).

7 - Capítulo 5:1-17

La primera advertencia: «Oíd esta palabra» –estaba dirigida a «toda la casa» de Israel, a quien Jehová había enviado a sus profetas; pero ellos no los habían escuchado. Entonces estos últimos fueron llamados a reunirse contra ellos, y en primer lugar contra Samaria, Filistea y Egipto, y luego a dar testimonio contra su mundanidad e idolatría (3:13-15).

La segunda advertencia: «Oíd esta palabra» ya solo se dirigía al monte de Samaria, a su insaciable búsqueda de prosperidad material y a la odiosa mezcla del culto a Jehová con el de los falsos dioses. Todos los llamamientos habían sido en vano; llegaría el día en que se encontrarían cara a cara con Dios.

Pero Dios no se cansa; dice por tercera vez: «Oíd esta palabra» (v. 1). 3 es el número divino; aquí *la perfección en la advertencia*. Ya sea para recompensar, juzgar o advertir, Dios lo hace según la perfección de su carácter.

Esta palabra es un *lamento* por la casa de Israel que no ha regresado, después de tantas advertencias diversas. Solo le queda la guerra y sus derrotas (v. 1-3); ¡y cuán apropiada es esta palabra para los días que estamos viviendo! La virgen de Israel: «Cayó la virgen de Israel, y no podrá levantarse ya más; fue dejada sobre su tierra, no hay quien la levante» (v. 2). Ha perdido a casi todos sus guerreros y ya no puede defenderse de sus enemigos: «La ciudad que salga con mil, volverá con ciento, y la que salga con ciento volverá con diez, en la casa de Israel» (v. 3). «Así ha dicho Jehová el Señor»; su destino está ya decidido.

En el versículo 4, esta palabra de Jehová: «Así dice Jehová» (comp. con los capítulos 1 y 2), llega a Israel *por última vez*. ¡Qué solemne y conmovedor es todo esto! Es una última puerta abierta a la vida y a la salvación: «Así dice Jehová a la casa de Israel: Buscadme y viviréis». «Buscad a Jehová, y vivid» (v. 4, 6). La sentencia de muerte ya ha sido pronunciada, pero basta con que me busquéis, después de haberos negado obstinadamente a volver a mí, para que se aplase la ejecución de la sentencia. No busquéis Betel, ni Gilgal, ni Beerseba, porque toda esa falsa religión quedará reducida a *nada*: Betel se convertirá en Bet-Avén. No es *una religión* lo que necesitáis, sino *a Dios*: «Jehová es su nombre» (v. 8). El destino de Israel está decidido para su ruina, pero el destino de aquel que busca a Jehová en medio de la ruina también está decidido para la vida eterna. Por lo tanto, no es demasiado tarde, pero es la última hora; ¡tened cuidado! La sombra de la muerte puede convertirse en mañana con una sola señal de Jehová; pero también una sola señal de Él puede transformar el día en la oscuridad de la noche. En un instante también puede producir un trastorno tal que el mar se derrame sobre la faz de la tierra (v. 8). Estas cosas sucederán repentinamente, como sucedió el terremoto 2 años después.

¿Han escuchado? ¿Han buscado a Dios? (v. 10-12). ¡Ay! Todos sus caracteres se enumeran en los siguientes versículos: su *odio* por quien los reprende en la puerta, lugar donde se hace justicia y se proclama públicamente ante los ancianos; su *abominación* por quien dice la verdad con buena conciencia y corazón puro; su *opresión* del

pobre y los tributos que le exigen; su prontitud para dejarse *corromper* a fin de doblegar, ante los jueces, el derecho del pobre: todo ello con el fin de alimentar su lujo y satisfacer sus codicias. ¡Qué palabras tan significativas: «¡Afligís al justo!». ¿No ha inventado el mundo esta horrible máxima: “La fuerza prima sobre el derecho”? «¡Afligís al justo!». ¿No hicieron lo mismo con Jesús?

«Por tanto, el prudente en tal tiempo calla, porque el tiempo es malo» (v. 13). Esta verdad es importante para los días actuales. No se trata de que el sabio, el que conoce los pensamientos de Dios, se oponga al mal: este es tan grande en el mundo que solo el juicio puede responderle. La corriente es demasiado fuerte para romperla o contenerla. El sabio *guarda silencio* y se refugia en el santuario, lejos de toda la agitación que le rodea; no protesta, no alza la voz, mantiene los labios cerrados, confiando en que Dios intervenga, sin saber a menudo qué pedir como es debido, y limitándose a los suspiros inexpressables del Espíritu dentro de él. Espera el momento en que pueda volver a abrir la boca para celebrar el triunfo, en justicia, del único Señor al que pertenece la victoria.

Si la invitación a oír se repite 3 veces (3:1; 4:1; 5:1), la de «buscar a Jehová» para vivir también se repite 3 veces (v. 4, 6, 14). ¡Qué solicitud por parte de Dios! Este número divino expresa bien su ardiente deseo de ver al hombre escapar de la muerte. ¡El Señor le allana el camino! Un solo deseo del corazón hacia Él y el pecador encuentra la vida: «Buscadme», «Buscad a Jehová». «Buscad lo bueno, y no lo malo, para que viváis». ¡Me encontraréis buscándome; me buscaréis encontrándome! El conocimiento de Dios siempre nos hace *desear* el bien y nos hace *capaces de* hacerlo, porque al buscar al Señor encontramos la vida, una vida capaz de odiar el mal y amar el bien (v. 15). El silencio del justo no es en absoluto indiferencia hacia el mal, que debe odiar, sino que ante todo debe buscar una esfera de amor que eleve su cabeza por encima de los enemigos que lo rodean (Sal. 27:5-6).

¡Ah, si el mundo pudiera escuchar! «Quizás», se dice, «quizá Jehová Dios de los ejércitos tendrá piedad del remanente de José» (v. 15). ¡Ay, ay, su estado es irremediable! Sin embargo, hay un *resto de José*: los oprimidos a quienes Jehová ama y defiende; un pequeño remanente, pues toda la nación está irremediablemente perdida.

Fíjense también en 3: «Así dice (o ha dicho) Jehová» en este capítulo (v. 3, 4, 16); de nuevo el número de la divinidad. Esta misma palabra se repite 8 veces (2 X 4) en los 2 primeros capítulos, en relación con el gobierno de la tierra; aquí 3 veces, en relación con el pueblo de Dios. A la tercera vez, el juicio se pronuncia de forma definitiva e inapelable: «*Pasaré en medio de ti, dice Jehová*» (5:17). Veremos en los

capítulos 7:8 y 8:2 que ya no hay salvación para este pueblo mediante el cordero pascual, vemos aquí que a Israel solo le queda el juicio memorable ejecutado contra Egipto, la noche en que fue degollado el cordero pascual: «Saldré *por en medio de Egipto*», dijo Jehová; y aún más: «*Pasaré aquella noche por la tierra de Egipto*» (Éx. 11:4; 12:12).

8 - Capítulo 5:18 al 6: Los 2 «Ayes»

«¡Ay de los que desean el día de Jehová! ¿Para qué queréis este día de Jehová? Será de tinieblas, y no de luz» (v. 18). En estos capítulos, Jehová pronuncia 2 «ay» sobre Israel; en el capítulo 23 de Mateo pronuncia 7, cifra de la plenitud, porque el pueblo y sus líderes habían llevado al extremo su iniquidad al rechazar definitivamente a su Mesías, que había venido en gracia en medio de ellos. ¡Pobre pueblo! ¡Aquí cuenta con una *era de prosperidad*, que acompañaría o más bien seguiría al día en que la venganza de Dios se hubiera ejercido sobre las naciones que los oprimían! ¿No es esto lo que se oye por todas partes en los días que vivimos?

El día de Jehová que esperaban era aquel en que la venganza de Dios caería *sobre ellos*. Aquí, la “desgracia” se dirige de nuevo a todo Israel, a «toda la familia» (vean 3:1). Contaban con tener a Dios *de su lado*, pero él estaba *en contra de ellos*, al igual que en Egipto. Se apoyaban en su religión, pero ¿qué significaba ella para Dios? «Aborrecí, abominé vuestras solemnidades, y no me complaceré en vuestras asambleas. Y si me ofreciereis vuestros holocaustos y vuestras ofrendas, no los recibiré, ni miraré a las ofrendas de paz de vuestros animales engordados. Quitade mí la multitud de tus cantares, pues no escucharé las salmodias de tus instrumentos» (v. 21-23). ¿No es esto lo que dice Isaías? (1:10-15). El Señor aborrece la religión del hombre; lo que él busca es el *corazón* y la *conciencia*, no las formas. Lo mismo ocurre hoy en día. Podemos presumir de tener formas de culto correctas y bíblicas, pensar que atraen sobre los pueblos la aprobación de Dios y el privilegio de tener a Dios de su lado; gritamos: «Dios está con nosotros» (Is. 8:10), y olvidamos sus juicios. El día de luz esperado será un día de tinieblas, el día de Jehová, lo contrario de un día de liberación (v. 18, 20; 5:8).

Se huye del león devorador, pero otro juicio os alcanza para sofocaros; se cree haber encontrado un refugio, una casa, una muralla en la que apoyarse y se pone la mano sobre la serpiente que os muerde, en lugar de encontrar a Dios que os protege. Dios odia todas las formas externas de culto; los sacrificios y los cánticos *no engañan a*

Dios. El juicio está ahí; nada lo detiene. «Corra el juicio como las aguas, y la justicia como impetuoso arroyo» (v. 24). Eso es lo que les espera a los hombres. Quieren la paz y la luz sin buscar el bien en lugar del mal, la protección de Dios, sin *la vida* que los protege del juicio. ¿No es esa toda su historia? ¿Acaso fue diferente desde que salieron de Egipto, de donde trajeron sus falsos dioses? ¿Fue a Dios a quien ofrecieron durante 40 años sacrificios y ofrendas en el desierto? En otro tiempo, Dios los soportó, pues no hay rastro de esa idolatría en el relato del Éxodo, donde Dios se ocupa de mostrarles, en los sacrificios de la Ley, *la expiación* de sus pecados por Cristo, único camino para que se reconciliaran con Él.

Pero Dios había tomado nota de todas estas abominaciones, desde el Kiun de sus imágenes y la estrella de su Dios, hasta el becerro de oro, coronación de sus transgresiones; y cuando él los juzgó, ¿abandonaron entonces, durante 40 años, su idolatría? Esa es la causa *primordial* de su juicio final. Estaba decretado, en los caminos de Dios, que serían transportados *más allá de Damasco* (v. 27). Desde los días de antaño, su rebelión contra Dios no había hecho más que aumentar, hasta el rechazo definitivo del Hijo de Dios. Eso es lo que dice Esteban, al anunciarles que Judá sería trasladada *más allá de Babilonia* (Hec. 7:43). Tal es aún hoy la condición de este pueblo. El Dios de los ejércitos (v. 27) ya no estaba con los ejércitos de Israel, ni, añadamos, con ningún ejército, salvo para utilizarlos como instrumento de sus juicios.

Todo esto se dirige a todo el pueblo, aunque en Amós las 10 tribus siempre están en primer plano.

9 - Capítulo 6

En el capítulo 6:1, la *segunda “desgracia”* cae de nuevo sobre todo el pueblo y especialmente sobre la prosperidad de la que disfrutaba. Los grandes, a quienes la casa de Israel consideraba sus protectores, buscaban ampliar sus fronteras. Jeroboam había alejado el mal día apoderándose de las ciudades del enemigo. Había reconquistado Hamat, importante frontera natural de Israel (2 Reyes 14:28), porque Dios lo había levantado como «libertador» (7:35) de su pueblo, pero ¿qué había sido de Calne y Gat? Los asirios las habían reconquistado. ¿Seguiría Hamat en manos de aquellos que se jactaban de ser «los principales de las naciones»? Sabemos cuál fue su destino (2 Reyes 18:34; 19:13) y cómo cayó en manos de los asirios. ¿Qué había hecho Jeroboam con sus conquistas? El resultado fue una prosperidad sin precedentes pa-

ra Israel; había aprovechado esta invasión violenta de territorios para aumentar su lujo, para acostarse «en camas de marfil», tumbarse perezosamente en sus divanes, «y comen los corderos del rebaño, y los novillos de en medio del engordadero» (v. 4).

David, el dulce cantor de Israel, había inventado instrumentos para cantar, con el fin de celebrar dignamente a Jehová; ellos, tan expertos como el rey profeta, habían inventado otros, *pero para su propio uso* (v. 5). La *apariencia* era la misma que en tiempos de David, pero *los motivos* habían cambiado por completo. Su objetivo era establecerse cómodamente en la tierra, y no difería del de Jubal, «padre de todos los que tocan arpa y flauta» (Gén. 4:21). Habían vuelto a los principios sobre los que se había constituido el mundo después de la caída, poniendo además bajo la protección del nombre de David, hombre de Dios, lo que alimentaba sus pasiones egoístas y sus codicias. Bebían el vino de su embriaguez en las copas del sacrificio (vean 1 Reyes 7:40) destinadas a Jehová. ¿Se dejaba engañar Dios por las copas, olvidando el vino con el que se embriagaban? Se ungían «con los ungüentos más preciosos» (6:6) destinados a la consagración de los sacerdotes; el aceite, ¿los hacía agradables a los ojos de Jehová? Se jactaban de ser la raza elegida y no se afligían «por el quebrantamiento de José» (v. 6), no lloraban la ruina de Efraín, de la que ellos eran la causa. ¡La brecha de José! Ese nombre del amado, sobre el que, hasta las colinas de la eternidad, descansaban las bendiciones de su padre, ¡lo habían expuesto a la ruina y se jactaban de su civilización! ¿No se puede decir lo mismo hoy en día, con respecto al nombre de Cristo? «Por tanto, ahora irán *a la cabeza de los que van a cautividad*, y se acercará el duelo de los que se entregan a los placeres» (v. 7). Cuanto más se había exhibido su cultura mundana, cubierta con un barniz religioso, sin ninguna conciencia de su ruina moral, más terrible sería su juicio. Efraín estaría a la cabeza y Judá vendría después de él.

En los versículos 8-10, el profeta vuelve a la casa de Jacob, representada por Judá. Dios detesta «la grandeza de Jacob» y aborrece sus palacios, como había aborrecido y despreciado la religión de Israel (5:21). El orgullo es tan abominable a sus ojos como las apariencias de piedad. La *ciudad* (creo que se trata aquí de Jerusalén) será entregada a Babilonia con todo lo que contiene. Las casas estarán repletas de muertos; los 10 que quedaban (comp. con 5:3) también perecerán. Un pariente de los muertos viene a quemarlos, porque ni siquiera tienen sepultura; el hombre encargado de buscar los cadáveres dentro de la casa no encuentra ni un solo superviviente; ¡no queda *nadie*! Entonces dice: «Calla, porque no podemos mencionar el nombre de Jehová» (v. 10). El juicio se ha consumado, ejecutado hasta el último hombre.

¡Ya no hay posibilidad de apelar a Él! (Sof. 1:7; vean también 8:3). Por eso el sabio guarda silencio en tiempos malos (5:13). Ya no se trata de interceder por la nación, hay que dejar que Dios actúe. «Jehová ha ordenado»: el terremoto derriba la casa grande y la pequeña.

«¿Correrán los caballos por las peñas? ¿Ararán en ellas con bueyes? ¿Por qué habéis vosotros convertido el juicio en veneno, y el fruto de justicia en ajeno? Vosotros que os alegráis en nada, que decís: ¿No hemos adquirido poder con nuestra fuerza?» (v. 12-13).

¿Qué actualidad tienen estas líneas! El corazón de los pueblos es una roca en la que se agotan sin resultado todos los cuidados de Jehová. ¿Qué hablan de su derecho y de su causa justa, que en el fondo no son más que veneno y ajeno? Cuentan con el poder que han adquirido para sostener estas mentiras. Somos fuertes, dicen, y obtendremos la victoria. Dios mira desde lo alto y dice: «Vosotros... ¿os alegráis en *nada!*» Todos los ejércitos, todas las municiones, todas las flotas del mundo son, a los ojos de Dios, menos que un grano de polvo que levanta el viento. Todo lo que el hombre afirma no es nada, todo en lo que se apoya es, si cabe, aún menos. Cuando llega el momento, Dios interviene: «He aquí, oh casa de Israel, dice Jehová Dios de los ejércitos, levantaré yo sobre vosotros a una nación que os oprimirá desde la entrada de Hamat hasta el arroyo del Arabá» (v. 14). Dios suscita a los asirios, pues es de ellos de quienes se trata aquí, y esta nación, después de despojarlos de lo que habían tomado por la fuerza y el poder, los oprimirá desde la entrada de Hamat, que les servía de baluarte contra las incursiones del enemigo del norte, hasta el Jordán (el río de la llanura), su frontera natural, y se apoderará del territorio que poseían al este de ese límite. Todo lo que se habían jactado de conquistar con su fuerza les está quitado. Así es como los caminos de Dios se renuevan constantemente desde los días de Israel, y desde entonces la historia de todas las naciones conquistadoras ofrece el mismo espectáculo.

Hasta ahora, en Amós solo vemos profecías en proceso de cumplimiento y nada nos habla aún de los tiempos del fin. Hoy, como antaño, los acontecimientos se repiten, si no con los mismos detalles, al menos con los mismos caracteres morales que acarrearán las mismas consecuencias.

10 - Capítulos 7 al 9:6: Las visiones

10.1 - Capítulo 7

Hemos visto anteriormente el papel que desempeña el número «tres», número de la divinidad, en Amós desde el capítulo 3:1. Encontramos 3 veces: «Oíd esta palabra», 3 veces: «Buscadme», 3 veces: «Así dice (o ha dicho) Jehová». Los capítulos 5 y 6 solo tienen 2 «Ay», ya que la serie aún no está completa, como lo estará en [Apocalipsis 9 - 11](#) con las 3 *trompetas de ay*.

En nuestro capítulo 7:1-9 encontramos primero 3 visiones, que sin duda corresponden a las 3 invasiones de Asiria: Pul, Tiglat-Pileser y Salmanasar.

La primera visión es la de las langostas, imagen muy conocida del asirio. Sabemos cómo Manahem, rey de Israel, salió personalmente indemne de este ataque arruinando a su pueblo, hecho al que aluden las palabras: «el heno tardío después de las siegas del rey» (7:1). Una vez cumplido el juicio, el profeta intercede e implora el *perdón* de Jehová. Solo su intercesión (para nosotros, la de Cristo) es capaz de detener la plaga. Aboga por todo Israel: «¿Quién levantará Jacob? porque es *pequeño*» (7:2). Afirmar lo contrario de lo que proclamaban los líderes del pueblo cuando decían: «¿No hemos adquirido poder con nuestra fuerza?» (6:13). Confesar ante Dios su pequeñez, su incapacidad para hacer frente al juicio, es hablar según los pensamientos de Dios, y solo eso lleva a Jehová a arrepentirse, es decir, a cambiar su disposición hacia su pueblo: «No será, dijo Jehová» (v. 3). La destrucción se detiene momentáneamente.

La segunda visión es la del fuego que, después de devorar el gran abismo (en lenguaje simbólico, el mar o la masa confusa de los pueblos), ataca la herencia, es decir, la tierra de Israel. Se trata de Tiglat-Pileser ([2 Reyes 15:27-29](#); [1 Crón. 5:6, 26](#); [2 Crón. 28:20](#)). El profeta suplica de la misma manera y Dios responde de nuevo: «No será esto tampoco» (v. 4-6).

En la tercera visión: «He aquí Jehová estaba sobre un muro hecho a plomo, y en su mano una plomada de albañil. Jehová entonces me dijo: ¿Qué ves, Amós? Y dije: Una plomada de albañil. Y Jehová dijo: He aquí, yo pongo plomada de albañil en medio de mi pueblo Israel; no lo toleraré más. Los lugares altos de Isaac serán destruidos, y los santuarios de Israel serán asolados, y me levantaré con espada sobre la casa de Jeroboam» (v. 7-9).

Esta vez Dios actúa de manera directa y definitiva. Está sobre un muro construido a plomo; nada puede sacudirlo, pero también muestra su justicia y nada la hará desviarse. La plomada en su mano marca la nivelación definitiva del país culpable. Ya no hay lugar para *la intercesión*, el juicio llega a su fin. Israel será destruido. Es el transporte de las 10 tribus por Salmanasar (2 Reyes 17:6). Qué palabra es esta: «*No lo toleraré más*». Esta nueva alusión a la Pascua sigue a la del capítulo 5:17, donde Jehová anunciaba que trataría a Israel como había tratado a Egipto, pero es aún más solemne que la primera. Ya no existe para el pueblo lo que en el pasado era el signo de su redención, lo que, mediante el derramamiento de la sangre del cordero sobre los dinteles de las puertas, había alejado de él el juicio de Jehová.

Los versículos 10 al 17 de este capítulo son una especie de interludio, que forma un paréntesis y separa las 3 primeras visiones, completas en sí mismas, de las visiones que siguen en el capítulo 8. Amós bajó a Betel para profetizar allí. Amasías, *sacerdote de Betel* (no sacerdote de Jehová), se opone al profeta. Este es el papel que el sacerdocio según el hombre siempre ha desempeñado con respecto a los hombres de Dios que, por el Espíritu, traen la Palabra de Dios. Amasías quiere expulsar al profeta del territorio de las 10 tribus, sobre el que se arroga derechos espirituales, y acusa a Amós ante Jeroboam con un falso testimonio, para que sea condenado por la autoridad secular; pero está ansioso por deshacerse del profeta, cuya presencia, a pesar de todo, inquieta su conciencia: «Vidente, vete, huye a tierra de Judá, y come allá tu pan, y profetiza allá; y no profetices más en Bet-el, porque es santuario del rey, y capital del reino» (v. 12-13). Lo envía de vuelta con sus correligionarios, olvidando que Dios no se deja limitar por las sectas humanas y no sanciona ninguna otra autoridad que no sea la suya. Para él, lo importante es que Amós, al proclamar la verdad a Israel, no reduzca a la nada todo el sistema religioso inventado por Jeroboam, hijo de Nebat.

La verdad es despreciada, en primer lugar, por los líderes espirituales del pueblo, cuya posición se ve amenazada por ella; no dudan en recurrir a la mentira para combatirla y, si es necesario, utilizan la coacción por medio de la autoridad. Lo mismo ocurre con toda verdad que condena los reinos de los hombres. Prefieren expulsar a quienes la proclaman, acusándolos de conspirar contra el rey y de ser insoportables para el país.

Cuánto más noble fue el corazón de Ezequías cuando Miqueas, el morastita, profetizó contra Judá y Jerusalén (Jer. 25:16-24). El rey imploró a Jehová, que se arrepintió del mal pronunciado. Más tarde, bajo Joacim, se repitió la misma escena, por medio de Urías, hijo de Semías, y del profeta Jeremías. Urías huyó a Egipto y su falta de

confianza en la protección de Dios, que lo había enviado, fue la causa de su muerte. Jeremías, bajo el mismo rey, y luego bajo Sedequías (Jer. 27:28), fue preservado porque confió en la Palabra de Jehová, que le había dicho: «Y te pondré en este pueblo por muro fortificado de bronce, y pelearán contra ti, pero no te vencerán; porque yo estoy contigo para guardarte y para defenderte, dice Jehová. Y te libraré de la mano de los malos, y te redimiré de la mano de los fuertes» (Jer. 15:20-21).

Con la misma seguridad, Amós responde a Amasías: «No soy profeta, ni soy hijo de profeta, sino que soy boyero, y recojo higos silvestres. Y Jehová me tomó de detrás del ganado, y me dijo: Ve y profetiza a mi pueblo Israel» (v. 14-15). Por su parte, ninguna pretensión. No tenía ningún cargo oficial en Judá y reconocía que su enseñanza no provenía de las escuelas de profetas; pero Jehová lo había tomado, le había hablado y lo había enviado. Eso era suficiente. Así es como Dios habla en tiempos de ruina, pero de la misma manera le gusta elegir, en todo momento, los instrumentos que envía a su mies. Para reducir a la nada toda la sabiduría de los hombres elige las cosas locas y despreciadas del mundo. Un simple pastor puede convertirse en profeta, un simple pescador en apóstol. Depende del Señor, que distribuye sus dones como le place. En Cristo fue diferente y mucho más maravilloso. No solo era hijo de Dios, sino también hijo del hombre y, habiéndose convertido en tal, fue enviado a este mundo para ser siervo y profeta, las 2 misiones que se le confían en el Evangelio según Marcos.

Pero cuando los hombres decían de él: «Un gran profeta se ha levantado entre nosotros» (Lucas 7:16), él, prefiriendo mantener su lugar de esclavo voluntario, dijo: «No soy profeta» (Zac. 13:5); no, no tengo derecho a serlo; sino esto es lo que he *elegido*: «Labrador soy de la tierra, pues he estado en el campo desde mi juventud»; he venido a traer aquí abajo, para salvar a los hombres, la condición de humillación en la que el pecado los ha colocado, y me he esclavizado *al hombre* para cumplir mi obra. Me compró, desde mi juventud, como *esclavo*. ¡Le di *derechos* sobre mí, para poder liberarlo! Eso es lo que Amós no podía hacer. Dios lo había elevado de su humilde posición a la dignidad de profeta. Jesús se humilló desde su gloria suprema a la baja condición de esclavo. «Sí mismo se despojó, tomando la forma de siervo» (Fil. 2:7); por eso Dios lo exaltó soberanamente, después de que fuera obediente hasta la muerte en la cruz. Amós fue elevado de su condición de pastor a la de profeta; Cristo, de la posición de esclavo (aunque era Mesías, Rey, Profeta y Pastor soberano, por su propio derecho divino) a la diestra de la Majestad en las alturas, con todas las cosas sometidas a sus pies. Pero él, resucitado y revestido de este honor supremo, quiere mantener con amor su carácter de siervo. La profecía tiene fin, el amor

nunca, y por eso dice: «No soy profeta».

Amós recogía los frutos de los sicómoros, árbol que crece en los pastos del desierto y cuyo fruto, tras una larga preparación para poder servir de alimento, solo es útil para los pobres y los débiles que viven con poco. Dios lo preparaba así para su vida de privaciones en medio de un pueblo que rechazaba su ministerio. Solo tenía en su camino lo que Dios le daba; del mismo modo, Juan Bautista, el más grande de los profetas, solo tenía langostas y miel silvestre, el alimento del desierto. El Señor, por su parte, ni siquiera disponía de esos recursos. El desierto, tras 40 días de ayuno, solo le ofrecía piedras en lugar de pan. El Creador de todas las cosas tenía hambre y sed y, 1.000 veces más que esos 2 profetas, dependía por completo de Dios para satisfacerlas.

En lugar de dejarse intimidar por las amenazas de Amasías y la ira de Jeroboam, Amós profetiza contra el sacerdote que quiere deshacerse de él. Su mujer se prostituye, sus hijos son asesinados, le quitan su herencia y él mismo muere en una tierra impura. Tal es el destino de aquellos que «no aceptaron el amor de la verdad para ser salvos» (2 Tes. 2:10). El juicio individual sobre Amasías y su familia no detiene en absoluto el juicio general pronunciado sobre la nación: «E Israel será llevado cautivo lejos de su tierra» (v. 17).

10.2 - Capítulo 8

El paréntesis del capítulo 7:10-17 va seguido de una nueva visión, la *de los frutos del verano*, que es como la conclusión de las 3 primeras (7:1-9). Los frutos maduros del verano se recogen en una cesta: la cosecha está hecha. Es *el fin*. «Ha venido el fin para mi pueblo Israel» (v. 2). Jehová repite la solemne palabra del capítulo 7:8: «No lo toleraré más». ¡En verdad, ya no hay esperanza! Israel se encuentra ante Dios con sus iniquidades, sin la sangre del cordero pascual que las cubría y protegía al pueblo del juicio. «Y los cantores del templo gemirán en aquel día, dice Jehová el Señor; muchos serán los cuerpos muertos; en todo lugar los echarán fuera en silencio» (v. 3). El gozo de antaño se ha extinguido, los cánticos, acompañados por los instrumentos de David, han cesado; los gritos les suceden. ¡Qué contraste! El gozo de vivir da paso al horror, a una agonía de dolor y terror. La muerte reina; los cadáveres ya ni siquiera están buscados piadosamente para ser incinerados, como en el capítulo 6:10; son arrojados fuera. ¡Silencio! Palabra terrible repetida en este día del fin.

Dios ha hablado, ha dicho la última palabra; ya no se oye la llamada de los suplicantes; ¡que nadie levante la voz! ¡Oh, cuán angustioso es el silencio que acompaña o sigue a los juicios de Dios! ¿No lo experimentamos, en cierta medida, en los días de desgracia que atravesamos? Si la gracia aún reina, invitándonos a interceder por los pobres pecadores perdidos, los acontecimientos actuales tienen, sin embargo, un carácter tal que nos callamos ante la ejecución de los juicios de Dios. Hay un gran número de cadáveres; en todas partes son arrojados fuera, y no podemos sino guardar silencio, sabiendo que el orgullo y la incredulidad de los hombres han provocado estos desastres. La cosa está decidida, pero no olvidemos nunca que aún estamos en tiempos de gracia y que, si nos limitamos a asistir al despliegue de los caminos de Dios, siempre podemos orar desde lo más profundo de nuestro corazón por la salvación de los pecadores.

«Oíd esto, los que explotáis a los menesterosos, y arruináis a los pobres de la tierra» (v. 4). En el silencio que se ha hecho, la voz de Dios *debe* ser escuchada. Ya no se trata de escuchar para aprender cómo escapar del juicio (5:1-17), sino de escuchar la sentencia pronunciada. Toda la iniquidad de los que oprimen a los mansos (este mismo carácter se encontrará en los últimos tiempos) sale a la luz: su amor por las ganancias, su indiferencia por el sábado, su falta de piedad y conciencia, su espíritu engañoso, su mezquino egoísmo. Estos mismos rasgos ya se mencionan en el capítulo 2:6-7, porque aquí se habla especialmente de las 10 tribus. Jehová nunca olvida ninguna de sus obras; lo jura por la gloria que había conferido a Jacob, es decir, a todo su pueblo (v. 7). ¡Qué memoria tiene el Juez supremo! Muchas cosas pueden escapar a la memoria del mejor juez entre los hombres; él excusará o no condenará ciertos actos cuyos motivos desconoce; pero nada escapa al ojo escrutador que sondea los corazones y los riñones. «¿No se estremecerá la tierra sobre esto? ¿No llorará todo habitante de ella? Subirá toda, como un río, y crecerá y mermará como el río de Egipto» (v. 8). La terrible subversión que acompañará al juicio había alcanzado al pueblo durante el terremoto que siguió a la profecía de Amós y del que da una descripción gráfica: el país temblará, la tierra se hinchará y se hundirá en un instante como el Nilo, imagen del temblor final que sacudirá toda la tierra. Israel no escuchó, por lo que le espera una subversión más terrible que todas estas calamidades parciales.

Será una subversión similar al día de Jehová del que hablan los profetas Joel y Zacarías y, más tarde, el propio Señor ([Mat. 24](#)). «Acontecerá en aquel día, dice Jehová el Señor, que haré que se ponga el sol a mediodía, y cubriré de tinieblas la tierra en el día claro. Y cambiaré vuestras fiestas en lloro, y todos vuestros cantares en

lamentaciones; y haré poner cilicio sobre todo lomo, y que se rape toda cabeza; y la volveré como en llanto de unigénito, y su postrimería como día amargo» (v. 9-10). Por primera vez, Amós, al hablar de los acontecimientos venideros, anticipa los del fin de los tiempos. Será un día de duelo general y de lamentos, como la noche del juicio de los primogénitos en Egipto, pues a las palabras: «No lo toleraré más» de los capítulos 7:8 y 8:2, añade ahora (v. 10) «como en llanto de unigénito». No se trata aquí del día del arrepentimiento del pueblo que vemos en [Zacarías 12:10](#) lamentándose por el Mesías, «como se llora por hijo unigénito». Será el día de la amargura de los primogénitos de Egipto, incluso peor, porque a los egipcios les quedaba la esperanza de una descendencia. Aquí no queda *nada*. Es *el fin* de las 10 tribus, el día de la amargura.

Entonces vendrán tiempos malos sobre Israel: «He aquí vienen días, dice Jehová el Señor, en los cuales enviaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Jehová. E irán errantes de mar a mar; desde el norte hasta el oriente discurrirán buscando palabra de Jehová, y *no la hallarán*» (v. 11-12). Ya no habrá posibilidad en el país de oír las palabras de Jehová; el pueblo disperso vagará de un mar a otro y no las encontrará, por mucho que las desee. ¡Silencio! Dios ya no les hablará. ¡Ah! Cómo desearían entonces conocer sus pensamientos, pero les serán ocultos. Este pasaje describe la dispersión de Israel. Como el rico en el Hades, tendrán sed, sin medios para saciarla. La juventud, en su belleza y fuerza, desfallecerá, porque solo se puede vivir por la Palabra de Jehová. Solo les quedarán los falsos dioses por los que han jurado. Sin duda, esta es la situación actual de las 10 tribus.

10.3 - Capítulo 9:1-6

Aquí tenemos la última visión. Amós ve a Jehová «que estaba sobre el altar» [\[7\]](#). Esta actitud es muy notable. El altar de Betel ha sido sacudido y ha caído al suelo (3:14), al igual que en el pasado, cuando fue erigido, Jehová pronunció su juicio contra él, bajo Jeroboam, hijo de Nabat ([1 Reyes 13:3](#)). El altar de Jehová permanece en pie, único fundamento de seguridad, lugar de sacrificio, pero también, cuando el Señor fue despreciado y rechazado, lugar desde donde partirá el juicio. Dios ya había dicho: «Nunca más se levantarán» (8:14). Ahora ya no es el anuncio, sino *la ejecución* de la sentencia. Aquí no vemos, como en [Isaías 6](#), a Jehová sentado en su trono, entre los querubines, en el templo, ni la manifestación de su gloria que no puede soportar el mal o la impureza, ni los cimientos de los umbrales del templo

sacudidos por la voz de los serafines. Esta escena es muy diferente. Allí vemos a la persona del Señor de gloria, que tiene, en el fuego del altar, el medio para purificar a su profeta; aquí, *la persona del juez*. No está en el templo; solo se ve el altar. Jehová se encuentra sobre lo que habría sido para Israel la base de su reconciliación, pero se ha convertido en la base de su juicio, porque había despreciado el altar de Jerusalén y había preferido los de Betel, Gilgal, Dan y Beerseba.

[7] No «cerca del altar», como traducen muchos.

La escena que aquí se desarrolla no es, como hemos dicho, la del templo, sino la de la noche de Egipto: «Derriba el capitel, y estremézcanse las puertas, y hazlos pedazos sobre la cabeza de todos» (v. 1). Corresponde a las solemnes palabras de los capítulos 5:17; 7:9; 8:2. El día de la Pascua, la sangre del cordero se había untado en el dintel y en los 2 postes de la puerta; Israel, culpable, había descuidado untarla allí y ya no tenía la sangre pascual para apartar la ira de Dios. El ángel exterminador pasa, el dintel está golpeado, los umbrales se sacuden, la casa se derrumba y les aplasta la cabeza. Esta imagen de Amós habla, por tanto, tanto de la destrucción de los primogénitos como del terremoto de Uzías: «El Señor, Jehová de los ejércitos, es el que toca la tierra, y se derretirá, y llorarán todos los que en ella moran; y crecerá toda como un río, y mermará luego como el río de Egipto. El edificó en el cielo sus cámaras, y ha establecido su expansión sobre la tierra; él llama las aguas del mar, y sobre la faz de la tierra las derrama; Jehová es su nombre» (v. 5-6; vean 5:8; 9:5). Si aún queda alguna alma después de esta subversión, la calamidad la alcanzará: «Aunque cavasen hasta el Seol, de allá los tomará mi mano; y aunque subieren hasta el cielo, de allá los haré descender. Si se escondieren en la cumbre del Carmelo, allí los buscaré y los tomaré; y aunque se escondieren de delante de mis ojos en lo profundo del mar, allí mandaré a la serpiente y los morderá. Y si fueren en cautiverio delante de sus enemigos, allí mandaré la espada, y los matará; y pondré sobre ellos mis ojos para mal, y no para bien» (v. 2-4). ¡Qué parecido al [Salmo 139](#)! Pero allí, el hombre encuentra *la salvación* al experimentar que no *puede* escapar de Dios; aquí, al *querer* escapar de él, encuentra *el juicio*. Allí, Dios sondea al hombre para el bien y no para el mal, y el pecador descubre que Jehová lo ha amado “desde el vientre de su madre”; aquí lo encuentra «para mal, y no para bien». Se trata, en todo esto, de los caminos gubernamentales de Dios con respecto a Israel, y no de su juicio final. Cuando estén escondidos «en lo profundo del mar», en medio de la confusión de los pueblos, se convertirán en presa de Satanás.

11 - Capítulo 9:7-15: La providencia de Dios y la restauración final de Israel

«Hijos de Israel, ¿no me sois vosotros como hijos de etiopes, dice Jehová? ¿No hice yo subir a Israel de la tierra de Egipto, y a los filisteos de Caftor, y de Kir a los arameos?» (v. 7). Es como si el pensamiento se uniera aquí al expresado en los 2 primeros capítulos del profeta. La *providencia de Dios* había hecho subir a estas naciones de Caftor y de Kir (comp. con 1:5), para que pudieran prosperar en lugares más favorables. Dios había hecho lo mismo con Israel al hacerlo subir de Egipto para introducirlo en una tierra que mana leche y miel. En lugar de reconocer los cuidados de Jehová sirviéndole con temor, estos pueblos, con Israel a la cabeza, se habían convertido en reinados pecadores. Por eso, los ojos de Dios estaban puestos en cada uno de ellos para destruirlos, y con mayor razón cuando se trataba de su antiguo pueblo.

Sin embargo, aún queda esperanza para Israel. Si Jehová es un juez, también es el Dios de las promesas y nunca renegará de su carácter: «Mas no destruiré del todo la casa de Jacob, dice Jehová. Porque he aquí yo mandaré y haré que la casa de Israel sea zarandeada entre todas las naciones, como se zarandeaba el grano en una criba, y no cae un granito en la tierra» (v. 8-9). Aquí se predice la dispersión del pueblo entre las naciones, y hoy la tenemos ante nuestros ojos. Pero es él quien sostiene el aventador en su mano; la paja puede volar, pero ni un solo grano de trigo caerá en tierra. En el momento oportuno, Dios mostrará que ha guardado a todos sus elegidos y no ha perdido a ninguno. Cuando Satanás pidió tener a los discípulos para zarandearlos como al trigo, solo consiguió liberar a Pedro de su confianza en sí mismo. Así será la futura tribulación del pueblo de Dios. Ninguno de los suyos perecerá en esos días de prueba en los que parecerá que ninguna carne puede ser salvada. Muy diferente será el destino de los pecadores de este pueblo: «A espada morirán todos los pecadores de mi pueblo, que dicen: No se acercará, ni nos alcanzará el mal» (v. 10).

La transición de los acontecimientos próximos a los del fin (v. 7-10) nos lleva a la bendición milenaria, coronación de la profecía de Amós: «*En aquel día* yo levantaré el tabernáculo caído de David, y cerraré sus portillos y levantaré sus ruinas, y lo edificaré como en el tiempo pasado» (v. 11). La casa (el tabernáculo) de David, la realeza de Aquel a quien Dios había asegurado sus gracias será restablecida, como en los días de antaño bajo el reinado de Salomón, después de haber caído, aparentemente para siempre, en la conmoción que había sacudido la tierra. ¡No más divisiones en Israel! Él *poseerá «el resto de Edom»* (9:12), porque Edom no verá, como otras nacio-

nes, el restablecimiento de sus cautivos (Jer. 48 - 49); pero Israel también poseerá todas las naciones sobre las que se reclama el nombre de Jehová (v. 12). Tal será el último y único reino universal verdadero, bajo el cetro del Mesías, verdadero jefe de la casa de David. Santiago, ante el concilio de Jerusalén, cita este pasaje alterado por la versión de los Setenta, pero *únicamente* para demostrar que las naciones tenían derecho a las bendiciones que los judíos les negaban, ya que el nombre del Señor que hacía todas estas cosas era invocado sobre ellas (Hec. 15:16).

«He aquí vienen días, dice Jehová, en que el que ara alcanzará al segador, y el pisador de las uvas al que lleve la simiente; y los montes destilarán mosto, y todos los collados se derretirán. Y traeré del cautiverio a mi pueblo Israel, y edificarán ellos las ciudades asoladas, y las habitarán; plantarán viñas, y beberán el vino de ellas, y harán huertos, y comerán el fruto de ellos. Pues los plantaré sobre su tierra, y nunca más serán arrancados de su tierra que yo les di, ha dicho Jehová Dios tuyo» (v. 13-15).

Aquí entramos, a toda vela, en el puerto deseado. El profeta Joel pinta el mismo cuadro de prosperidad material bajo el reino milenar: «Las eras se llenarán de trigo, y los lagares rebosarán de vino y aceite». «Los montes destilarán mosto, y los collados fluirán leche, y por todos los arroyos de Judá correrán aguas» (Joel 2:24; 3:18). La descripción es, si cabe, aún más brillante aquí, y más general, ya que la de Joel solo se aplica a *Judá*. Lo que se prometió condicionalmente en *Levítico 26:5*: «Vuestra trilla alcanzará a la vendimia, y la vendimia alcanzará a la siembra» nunca se había cumplido, debido a la infidelidad del pueblo. Ahora todo ha cambiado: la bendición ya no depende de la obediencia del hombre, sino de la fidelidad de Dios a sus promesas, llamada en *2 Pedro 1:1* «la *justicia* de nuestro Dios y Salvador Jesucristo». Esto nunca puede fallar. Esta magnífica abundancia de la creación alegra nuestros corazones de antemano, cuando pensamos que ahora suspira y está en trabajo de parto, con la esperanza de participar también en la libertad de la gloria de los hijos de Dios.

Pero no será solo la creación (v. 14-15); el pueblo mismo, mucho más querido por el corazón de Dios, será restaurado. El cautiverio será restablecido, es decir, se pondrá fin a él para llevar a cabo la restauración final. Entonces el pueblo reconstruirá, habitará, plantará y disfrutará de los frutos. Él mismo será plantado en su tierra y nunca más podrá ser arrancado de ella, «dice Jehová, tu Dios».

Qué contraste entre los primeros capítulos y este, entre «Así dice Jehová» para el juicio y «Así dice Jehová» para la bendición. Es en esta última donde Dios pone

el punto final para siempre. Los juicios nunca son para él la última palabra. Solo la gloria eterna es plenamente digna de Él. Su felicidad, oh pueblo de creyentes, es dártela, hacerte disfrutar de ella y llamarse «Dios tuyo» (v. 15).

12. Conclusión

Hemos visto, en el libro de Amós, *la exposición de los caminos habituales e invariables de Dios*, hacia su pueblo y hacia las naciones, y hemos comprobado lo que los hace necesarios. Excepto en sus últimas palabras, Amós no nos revela las cosas *futuras*, sino las cosas *próximas*. Esto es lo que hace que este libro sea tan importante para la actualidad. Las manifestaciones del pecado que aquí se mencionan son de todos los tiempos y pueden observarse tanto en los creyentes como en los no creyentes; Amós nos da a conocer la retribución en ambos casos. Pero, por muy amargo que sea el castigo, el hombre de fe, bajo el peso de los juicios actuales, se replantea su vida, se juzga a sí mismo, se humilla y se arrepiente, y la tribulación lleva sus pensamientos hacia el escenario de las bendiciones futuras.

Una vez allí, descansan en la esperanza, como vemos en el último capítulo de nuestro profeta, y no se dejan llevar por el laberinto de acontecimientos que agitan a los hombres. El gobierno de Dios ya sea en su casa o en el mundo, es siempre santo, justo e invariable. Es como una locomotora cuya dirección no se puede cambiar. La intervención de una sola persona que tire la señal de alarma puede detener repentinamente el tren en su carrera cuando se prevé una catástrofe. El conductor aprieta los frenos. Dice, como en Amós: «Esto no será». Pero, una vez producido el resultado, la locomotora retoma su dirección invariable. Nada la desvía de su objetivo; pero, gracias a Dios, aunque aplasta todos los obstáculos a su paso, no conduce al abismo, sino al destino deseado, a los viajeros que confían en ella.